

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertencen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Para comercializar ejemplares en soporte papel
se debe solicitar acreditación
como impresor autorizado.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Para ver una copia de esta licencia,
visita http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es_AR.





La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial	3
<i>Vieja, vieja Tierra</i> (E. VERÓNICA FIGUEIRIDO)	5
<i>El Libro de los Pazyryk</i> (VÍCTOR HUGO PÉREZ GALLO)	18
<i>Ruido</i> (HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO)	24
<i>¿Tanta como para matarte?</i> (Yael AKIM RONZÓN MORELL)	30
<i>Alexandra</i> (HUGO RAMOS GAMBIER)	33
<i>Impreso</i> (JACK F. VAUGHANF)	36
<i>Sólo el acero</i> (MIGUEL HUERTAS)	40

NM

www.revistanm.com.ar

director@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

<http://sites.google.com/site/revistanm> / www.facebook.com/RevistaNM

Dirección y grafismo: **SANTIAGO OVIEDO** / Corrección: **CRISTINA CHIESA**

Revista de distribución gratuita en formato electrónico, dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.

Safe reative ID: 1510315667175

Se agradece por haber tomado parte en este número a: ANTONIO GUIADO GIMÉNEZ, TERESA PILAR MIRA DE ECHEVERRÍA y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "Íncubo" (SEBASTIÁN GIACOBINO)
<http://www.sebastiangiacobino.blogspot.com.ar/>

Musicalización estocástica: *Todos los días 2015* (SPURR)
<https://soundcloud.com/spurr-330152503/todos-los-dias-2015>

Domenech negó con la cabeza, sin encontrar palabras para refutar las de ella.

—No puedes caminar entre dos ríos sin mojarte con sus aguas. No puedes permanecer para siempre entre el viejo mundo y el nuevo, vagando, indeciso, sin tomar partido.

El forastero se ajustó la correa de cuero que le ceñía la espada

al cuerpo y se permitió sonreír a Luar.

—Sí que puedo. No elegir también es una elección.

Echó a andar hacia el claro donde lo habían maniatado las celtas. Aún debía llegar a Tres Alisos, pero no pensaba continuar el camino sin su mula.

© MIGUEL HUERTAS, 2015.



MIGUEL HUERTAS (España —Madrid, 1991—)

Lector de todo tipo de géneros e intento de escritor, reside en Madrid, donde cursa Psicología en la Universidad Complutense.

Su relato "Espejo incierto" recibió el primer premio en el I Concurso de Relatos Agustín Díaz en 2008.

Ha sido asimismo premiado en los VII Premios Framaguad de Relatos de Contenido Social por el relato "El Abismo" (2009). Otro de sus relatos, "El llanto de los dragones", resultó finalista del II Certamen de Cuento Infantil Reescritos con Perspectiva de Género en 2012.

En 2015 su relato "La calamidad" fue uno de los seleccionados para figurar en la antología de relatos *Lovecraft. Mitos de Fuenlabrada*, publicado por Kelonia Editorial.

mente a causa de un profundo corte en el muslo. Media docena de mujeres supervivientes trataban de hacer una pared defensiva para proteger su huida. Pero no había nadie de quien protegerlas. Los soldados de Ealdhert supervivientes se retiraban, heridos muchos de ellos, abandonando los cuerpos de sus camaradas; todos menos uno.

Gilem Cote seguía en el centro del campo de batalla, arrodillado, con la cabeza caída sobre el pecho. Su hacha estaba en el suelo, al alcance de la mano, pero su cabeza en forma de media luna estaba limpia de sangre. El capitán tenía la cabeza de uno de los guardias más jóvenes sobre el regazo y parecía estar acunando el cuerpo muerto con una ternura inusitada en él. El joven soldado, casi un niño, tenía la garganta abierta de una cuchillada.

Domenech dio un paso hacia él, pero en ese momento Cote alzó la cabeza y lo miró. En su único ojo ondeaban los estandartes de la última guerra. El capitán colocó cuidadosamente la cabeza del guardia muerto en el suelo y se puso en pie lentamente. Con movimientos pausados, desenvainó una daga del cinto y comenzó a cortar el blasón de Æster Ealdhert del sobreveste verde que llevaba sobre la cota de malla. Lo dejó caer sobre el cuerpo a modo de mortaja. Echó a andar hacia el sur sin decir palabra.

Siguió los pasos de las mujeres, que se habían detenido a poca distancia de allí. Una de ellas había atado un trozo de tela con fuerza sobre la herida de Elyn y había dejado de san-

grar tan profusamente. Pese a todo, era una herida fea y no sería raro que la infección la llevase a la muerte.

—Alegra la cara, forastero —gruñó Elyn con los dientes apretados por el dolor—. He sobrevivido a heridas peores. Lo que ocurre es que no se ven las cicatrices.

Domenech sacudió la cabeza, mientras depositaban a la celta malherida en el suelo para que descansase unos momentos. Después se dirigió a Luar:

—¿Ha merecido la pena? —preguntó, señalando hacia el campo de batalla—. ¿Toda la sangre, todas las muertes?

Ainedh dio un paso al frente. Estaba totalmente cubierta de sangre, pero no parecía ser suya. Lo traspasó con ojos grises.

—Sí —susurró, tan cerca del forastero que éste pudo oler la muerte que danzaba alrededor de ella.

Luar tomó del codo a la guerrera para que retrocediese. Ainedh lanzó una última mirada sombría al forastero y se arrodilló junto a Elyn para susurrarle palabras dulces en una lengua casi olvidada.

—Responde, Luar —exigió el forastero.

Los ojos de la celta brillaban, húmedos, como gotas de rocío de otro tiempo.

—Ahora y siempre, forastero. Sabes bien lo que aguarda al final del camino. Hoy, mañana, dentro de un año; no hay forma de cambiar eso. Pero podemos elegir cómo recorrerlo; elegir la forma de cruzar la puerta. La muerte es una con la vida; amarla es amar su final.

La farsa de la democracia plebiscitaria, en la que el poder lo ejercen las agrupaciones políticas y no los ciudadanos, parece digna de la pluma de GIUSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA (1896-1957).

Los votantes se enfrentan entre ellos en discusiones cada vez más subidas de tono, tratando de convencer o —en última instancia— de obligar al otro para que convalide al postulante que a cada uno le parece más conveniente.

Mientras tanto, los candidatos actúan un patético juego de los tronos de opereta donde no faltan pases de bando de último momento —tratando de cosechar alguna migaja—, en el que cada uno dice que, “si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie”.

En última instancia, el mayor trabajo queda en manos de los extras. No hacen falta buenas interpretaciones ni diálogos inteligentes.

Dentro de un maremagno de apologías y rechazos, fogoneado por formadores de opinión y militantes, lo más importante parece ser el poder casarse con uno mismo, comprar dólares libremente, figurar en su documento como el Pato Donald, instalar como nuevos vagones de subte obsoletos en cualquier parte del mundo o cambiar una estatua de lugar.

Los tiempos cambian, evidentemente. Antes —cuando se llamaba a las puertas de los cuarteles— resultaba suficiente con modificar el nombre de las calles.

Por su parte, el individuo singular, el que no se engeuece por arengas, recuerda que aquella frase la novela italiana tiene su origen en la de que, “cuanto más cambia, es más de lo mismo”, que en 1849 escribiera JEAN-

BAPTISTE ALPHONSE KARR (1808-1890) en **Les Guêpes**, una publicación satírica en la que obtuvo la reputación de tener un carácter amargo. Así, en una propuesta para abolir la pena de muerte, no pudo dejar de manifestar que “veía bien que los asesinos dieran el primer paso”, advirtiendo que —pese a lo humanitario de la medida— el garantismo no disminuiría la criminalidad.

Si ese individuo singular, además, se aproxima al anarca de ERNST JÜNGER (1895-1998), que no está ni a favor ni en contra del poder —aunque lo reconoce—, al tiempo que vive en sociedad, pero sin establecer vínculos con ella, es muy posible que acceda a una visión imparcial del todo.

Habrà visto indigentes en las calles, degradados hasta una subhumanidad casi irreversible (aunque, por supuesto, abogar por un aborto posdatado no es políticamente correcto, ni siquiera si se trata de violadores compulsivos), y sabe que, sea como fuere, siempre puede haber más. Habrà visto al Fisco exigirle a algunas empresas un comportamiento de carmelitas descalzas, aun en medio de una crisis inculpable (mientras hace la vista gorda con algunas otras, con las que mantiene algún contacto —pero eso siempre puede cambiar, de un día para otro—). Habrà visto empresas que hacen gambitos para tercerizar a sus empleados y personas que se humillan hasta grados indecibles por llevar un plato de comida a sus casas.

El individuo singular sabe que es difícil que eso pueda mejorar, pero está seguro de que pueda empeorar. Porque la solución no pasa por el campo económico o político. Sino por el metafísico.

Por eso podremos seguir imaginando universos postapocalípticos emocionantes, mientras autores como los soviéticos soñaban con un futuro ideal edulcorado.

Eso como escritores o lectores. En lo cotidiano, la respuesta acaso resida en alejarse de las mentiras.

Quizá por eso en 1855 ALPHONSE KARR se fue de su París natal, dejó atrás sus publicaciones **Les Guêpes** y **Le Journal**, así como **Le Figaro**, y se mudó a la costa mediterránea de Francia, donde se dedicó a la floricultura y le dio su nombre a numerosas variedades nuevas de flores, como la dalia. Incluso prácticamente fundó el mercado de cortar flores en la Riviera francesa.

Aunque, seguramente, no debe de ser la única manera de escapar de *El gatopardo*.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 5. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4 y Gimp 2. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDF Tweak 1.1 y PDF-XChange Viewer 2.5.

—Por supuesto que no. Ya no eres Domenec, hijo de Lir. Sólo eres un forastero.

Elyn le pegó una patada en la corva para ponerlo de rodillas y arrojó sus armas fuera de su alcance. Ainhedh le acarició el pelo con una ternura burlesca mientras se envainaba una espada de acero a la cadera. La línea de guerra en su rostro convertía su expresión divertida en una mueca amenazante. Elyn ató la soga que le ceñía las muñecas alrededor de un tronco caído.

Sentado en el suelo, con la cuerda mordiéndole las muñecas y sin poder moverse, el forastero vio a las mujeres alejarse en dirección al nuevo día.

Comenzó a luchar contra sus ataduras en cuanto dejaron de verlas. Poco después llegó a sus oídos la melodía de la batalla. La canción que silbaba el acero al cortar el aire, el siseo de las flechas al caer, el tañer del metal al morder metal y, por encima de todo, los gritos de agonía y la macabra risa de la Segadora.

Las celtas eran buenas guerreras, pero hubiera podido poner la mano en el fuego respecto del resultado de aquel encuentro.

Se desembarazó de la cuerda que lo apesaba cuando los sonidos de la batalla comenzaban a apagarse en la lejanía. Abrió y cerró las manos para matar el molesto hormigueo que las recorrían, tomó sus armas y echó a correr hacia la escaramuza.

Los soldados del torreón habían caído en una emboscada en pleno sendero. Luar y las suyas los habían atacado desde ambos flancos, utilizando la ven-

taja de la sorpresa, la altura de las colinas y la protección de los árboles. Aun así, los guardias de Cote se habían defendido con ferocidad. El suelo estaba cubierto de sangre y cuerpos y todavía se escuchaba el choque del acero detrás de la primera colina.

A la primera que vio fue a Reda. Su cuerpo estaba tendido entre dos soldados muertos; uno de ellos aún tenía el hacha profundamente clavada en el rostro, convirtiendo sus rasgos en una enorme herida roja. La mujer volvía a vestir el gambeson, pero la armadura acolchada no la había protegido de la certera estocada que había hundido un palmo de hierro negro en sus entrañas. Cuando se arrodilló, Reda abrió débilmente los ojos y sonrió con dientes ensangrentados. Tomó con su pequeña mano un puñado de tierra, húmeda por su propia sangre, y se lo enseñó como si se tratase de un trofeo.

—Éstas son mis diosas. Las del cielo, la tierra y la sangre —susurró—. *Slán agat*, forastero.

—*Slán abhaile* —se despidió Domenec mientras Reda moría.

Siguió el camino que indicaban los cuerpos caídos de los guardias y llegó hasta la cima de una de las colinas, que los soldados de Ealdherth parecían haber tomado tras una costosa carga. La batalla ya había concluido. La alfombra de hojas del bosque había sido sustituida por una de cuerpos caídos y de heridos que llamaban con sus lamentos a las puertas de la Muerte.

A pocos pasos de él, Luar y Ainedh se retiraban cargando costosamente con Elyn, que se desangraba rápida-

pués a las campesinas, que asían las armas con cierta inseguridad. El silencio se había hecho sólido a su alrededor. Decenas de ojos estaban fijos en Luar.

—La elección es tuya —le dijo el forastero a la líder celta.

Ella negó con la cabeza.

—Llevas tanto tiempo recorriendo el nuevo mundo que has olvidado los caminos del viejo. La elección no es mía. Es del Cúmann.

—El Consejo —murmuró Dornec para sí.

Luar se acercó a la pared de piedra, tomó la lanza con mano experta, la hizo girar sobre su cabeza y la arrojó. El arma silbó al cortar el aire y cayó vertical sobre el suelo del claro con un golpe seco, hundiéndose profundamente en la tierra.

Comenzaron a disponerse en círculo, sentándose en el suelo, tomando la lanza como centro. Para sorpresa del forastero, no sólo formaban el consejo las celtas, sino también las mujeres de esa tierra, ocupando lugares en la circunferencia sin distinción alguna. Ainedh se sentó a la diestra de Luar y Reda al otro lado. Hermanas de bronce.

El forastero permaneció respetuosamente fuera del círculo, con la espalda apoyada contra la pared de roca de la colina que se alzaba sobre ellas.

Era hermoso contemplarlas formando el círculo, un torque de hermanas, firmes y frías como la hoja de una espada. Hablaron y deliberaron con rapidez, pero sin perder la calma.

Sin embargo, para Dornec era contemplar una representación de

la que ya conocía el final. La Segadora esperaba al final de todos los caminos.

Decidieron resistir.

El círculo se rompió, y las mujeres comenzaron a funcionar como un regimiento veterano. Luar arrancó la lanza de la tierra y comenzó a trenzarse el pelo hacia atrás, como la crin de un caballo. Ainedh se cruzó el rostro con un relámpago de azul índigo. Se acercó a ellas, con el amargo fracaso pulsando la boca de su estómago. Ellas lo miraban con ojos acerados. Los ojos de la Doncella invertida, la del corazón de piedra.

—Luar, tiene que haber una manera...

El extremo romo de la lanza lo alcanzó en un lado de la cabeza. Cayó al suelo, jadeando y con mil avispa blancas bailando delante de sus ojos. Trató de alcanzar el cuchillo con manos torpes. Ainedh cayó sobre él y pronto tuvo sus ojos grises frente a los suyos y el filo de un puñal apretado contra la garganta.

—No es necesario —le dijo a la guerrera.

Ainedh lo miró con expresión divertida mientras Elyn lo despojaba de sus armas y le ataba las manos a la espalda.

—No voy a darte el adiós —informó Luar mientras dibujaba las líneas de batalla en su rostro, llamando a los espíritus de la muerte para que se uniesen a ella en su danza—. Respeto a Lir lo suficiente como para no darte muerte. Pero no puedo arriesgarme a tenerte libre; no cuando los soldados de Ealdhert vienen hacia aquí.

—Puedes confiar en mí, Luar —mintió él.

VIEJA, VIEJA TIERRA

E. VERÓNICA FIGUEIRIDO

Los mensajes venían del tercer planeta a partir del sol. Un sol viejo y cansado.

Estaban degradados por la distancia y el tiempo, pero se adivinaba el significado: "Vengan a visitarnos".

Sin mayor información acerca de sí mismos. Posiblemente esos datos se hubieran perdido, desparrramados por todo el Universo.

Luego de una rápida conferencia de nanosegundos, algunos se dirigieron a la dirección indicada.

Difícilmente fueran a encontrar a aquellos que mandaran esas señales. Había transcurrido demasiado tiempo. Quizá fuera otra la civilización que para entonces estuviera floreciendo.

O puede que se hubieran extinguido sin dejar descendencia, tal como le había ocurrido a tantas otras culturas.

No tenían prisas. Ni cuerpos orgánicos que decayeran.

Habían sobrevivido al nacimiento y muerte de sistemas enteros.

Los impulsaba la curiosidad. Era su alimento.

El primer planeta ofrecía un hemisferio eternamente calcinado al astro, mientras que el otro permanecía en una helada oscuridad. El segundo mundo mostraba huellas de haber sido manipulado en un pasado remoto. Pero los mensajes no provenían de ninguno de estos cuerpos.

Continuaron hacia el tercer planeta y pronto se hizo evidente de que andaban bien encaminados. Comenzaron a toparse con restos en diversos grados de integridad. Demasiado pequeños como para que alguna vez hubieran contenido alguna criatura biológica, y demasiado primitivos como para ser considerados parientes de la mirada.

Un puñado se dirigió al enorme satélite natural que acompañaba al

planeta, mientras el resto se acercaba a su destino.

Ya desde mucho antes era evidente que sus moradores, si es que quedaba alguno, carecían de la capacidad de enviar señales a las estrellas. Obviamente la habían tenido en algún momento de su historia, pero eso debía de ser hacía mucho, mucho tiempo. El suficiente como para que los organismos responsables mutaran hasta ser algo irreconocible.

O decidieran buscar nuevos horizontes.

La mirada penetró en la leve atmósfera. Sus sensores “vieron” las ruinas que cubrían grandes extensiones del planeta, y que en algunos casos ya casi se habían integrado al terreno, árido y rojizo.

Un grupo descendió junto a lo que debió haber sido una elevada estructura, mientras el resto continuaba recorriendo el planeta. Como un solo organismo, se posaron en el suelo.

Algo se escabulló entre las ruinas. Movimiento. Más de uno.

Uno de los componentes de la mirada extendió un apéndice y atrapó al más retrasado. Enrollando la punta en torno al cuerpo de la criatura, se lo acercó a la parte del suyo donde se encontraba lo que cumplía la función de aparato de visión.

Era un pequeño ser cubierto por un pelaje duro, con dos miembros delanteros y otros dos posteriores. Los delanteros terminaban en cuatro dígitos; los traseros en dos, algo más grandes. Cara chata, con dos diminutos ojos al frente.

Se debatía furiosamente, mientras se lo examinaba.

El componente averiguó todo lo que era posible averiguar sobre la criatura sin hacerle daño. Tomando en cuenta la fragilidad de la mayoría de los organismos biológicos, era todo lo gentil que su estructura le permitía.

Luego, volvió a dejar en el suelo a su cautiva, que lanzó un estornudo y se escurrió fuera del alcance de los recién llegados. Presumiblemente, para reunirse con sus compañeras.

No eran los únicos seres vivos en el tercer planeta. Solamente en el sitio que habían elegido para el descenso la vida parecía no querer sucumbir, a pesar de tener los días contados. Organismos unicelulares, otros que se arrastraban por, bajo o sobre el suelo; muchos tan diminutos que sólo gracias a sus capacidades los podían detectar.

El satélite del planeta estaba muerto. Siempre lo había estado. Sobre su superficie aún se veían las estructuras que levantara alguna civilización que dominara el planeta en tiempos lejanos. Sobrevivían en mejor estado que los restos que se hallaban en la superficie del otrora fértil mundo. Como si sus moradores fueran a regresar en cualquier momento. A primera vista no se notaban las microperforaciones de los diminutos cuerpos que cayeran sobre ellas a lo largo del tiempo.

Buscaban información acerca de aquellos que enviaran su mensaje a las estrellas. ¿Qué tipo de seres habrían sido? ¿Qué clase de civilización?

Lo que un miembro de la mirada sabía, instantáneamente lo sabía el resto de sus componentes.

—*Cead míle fáilte*, forastero —dijo Luar, dándole la bienvenida.

Domenech inclinó la cabeza ante la celta y trató de pronunciar un agradecimiento en esa lengua agonizante. Las mujeres que flanqueaban a Luar lo miraron con extrañeza.

—¿*Céard?* —preguntó una de ellas arrugando el gesto.

—El forastero tiene algo oxidada la vieja lengua —dijo Luar con una sonrisa indulgente—. A Elyn y Ainedh les cuesta entenderte. Pero no creo que haya inconveniente en que hablemos en ese idioma bastardo que os empeñáis en pronunciar en estas tierras.

—Lo agradecería —respondió Domenech con una nueva inclinación de cabeza.

—Lo encontramos cerca de la Piedra y se ha empeñado en... —comenzó a explicar Reda.

Luar asintió con la cabeza, sin apartar los ojos del forastero.

—Tenía la sensación de que volveríamos a vernos, Domenech. Dime, ¿te sentiste extraño al verter tu sangre en la Piedra?

—No sabes nada de mí.

—Te equivocas. Escuché los lamentos de Lir cuando te fuiste, corriendo detrás de esos estandartes negros. —Endureció el gesto—. ¿Qué ha salido de ello? ¿Dónde está ahora tu reina?

—No vengo a hablar del pasado, Luar.

—Estás hablando con él —repuso ella con una sonrisa.

—Los soldados de Ealdhert están viniendo, Luar. Por vosotras.

Ainedh y Elyn entrecerraron los ojos y tensaron la mandíbula. Luar permaneció impassible.

—¿Así que el pequeño señor no va a entrar en razón? —dijo al fin.

Las mujeres celtas, pero también las campesinas alzadas en armas, comenzaban a congregarse en torno a ellos. El forastero esperó a que Luar dispersase a la multitud con una orden para que pudiesen hablar con tranquilidad, pero fue en vano.

—Es tu turno de ser razonable, Luar —explicó Domenech—. Ealdhert no quiere las vidas de sus vasallas, sólo quiere que vuelvan al trabajo. Pero no dudará en asesinaros, a ti y a tus hermanas. Sus tropas ya deben estar de camino. Tenéis tiempo de escapar; poneos a salvo más allá de las montañas. Salid de sus tierras.

Ainedh lanzó una maldición incomprendible, pero Luar se limitó a sonreír con ferocidad.

—¿Sus tierras? Mi pueblo se arrojaba ante An tSeandhair mucho antes de que los abuelos del pequeño señor lo talasen para hacer esa elaborada silla sobre la que ahora él se sienta. Estas tierras no le pertenecen; nunca lo han hecho.

—Os matarán, Luar.

Ainedh se cruzó de brazos con arrogancia, haciendo bien visible el torque de bronce que tenía alrededor del antebrazo.

—Las raíces beberán su sangre a cada paso que den —sentenció la joven guerrera.

—La cuestión no es a cuántos soldados vais a matar, sino cuántas de vosotras vais a morir —replicó Domenech con dureza—. Demasiadas. Ésa es la respuesta,

Elyn no dijo nada, pero recorrió con la mirada a sus hermanas y des-

Cote. Se encogió de hombros, apartando ese pensamiento. No quería saberlo.

Tomó el sendero del bosque, y se alegró de estar rodeado de árboles. Los árboles no profanaban el silencio con palabras, ni decidían qué vidas valían más que otras. Estaba saliendo el sol cuando llegó a la Piedra de Juramentos. Los primeros haces de luz caían sobre su superficie de piedra y pasaban a través del círculo hueco.

—Eres tú.

La mujer estaba sentada en el tocón caído y cubierto de musgo de un árbol, observándolo. El forastero reconoció el pelo oscuro cortado a la altura de la mandíbula y el hacha que la mujer tenía apoyada sobre los muslos. No le cabía duda de que había más de ellas entre los árboles, esperando con flechas colocadas en las cuerdas de sus arcos.

—Reda —respondió con una inclinación de cabeza.

—Tienes buena memoria.

La mujer se puso en pie, acercándose unos pasos pero manteniendo la distancia. Conservaba la falda de tela basta, pero se había quitado el gambesón acolchado con el que se había protegido en su último encuentro.

—¿Qué quieres? —exigió saber, alzando el hacha y apoyando el mango sobre sus hombros.

—Necesito hablar con Luar.

—Habla conmigo.

Domenec torció el gesto.

—Debo hablar con ella. Es sobre los soldados de Ealdhert.

Reda arrugó la nariz y después paseó la mirada entre los árboles que los rodeaban. Al final se acercó

hasta estar cara a cara con el forastero y posó una mano sobre la Piedra.

—Está bien. Jura.

El forastero lanzó a la mujer una mirada de extrañeza.

—Las viejas diosas no son las tuyas.

Reda sonrió, enseñando los dientes en una mueca feroz, desafiante.

—Fui criada en otra fe, la fe de un Dios que vive en los pergaminos de los sacerdotes y las cúpulas de los templos. Pero siempre hay una elección. Y yo elegí a mis diosas.

—Entre el viejo mundo y el nuevo —murmuró el forastero.

La mujer pasó el pulgar por el filo del hacha, lentamente, hasta que en la yema de su dedo apareció una gota roja. La dejó caer sobre la Piedra de Juramentos. Domenec se hirió un dedo con el cuchillo y acarició el círculo hueco, dibujando la silueta de la circunferencia con su promesa.

No hubo palabras, ritos, ni oraciones. Sólo acero, sangre y roca.

Reda asintió despacio.

—Vamos —dijo.

Le esperaban al resguardo de la pared vertical de una colina rocosa. El aspecto de Luar era regio, pero algo extraño sin las líneas de guerra marcando su rostro y sin el pelo dorado y gris recogido en la cola de caballo de la casta guerrera. Aún así, seguía vistiendo de piel y cuero endurecido y, aunque había dejado la lanza apoyada en la pared de piedra, ceñía al costado un largo cuchillo de caza. La flanqueaban otras dos guerreras, esbeltas y flexibles como juncos y con férreas nubes de tormenta en el gris de sus ojos.

Y fue en ese satélite natural del mundo casi yermo que el superorganismo encontró la respuesta.

Cerca de una de las estructuras acribilladas se hallaba una figura inmóvil.

Era mucho más grande que uno de los componentes. Cuatro miembros, torso y algo bulboso, que debía de hacer las veces de cabeza. Parecía ser alguna clase de protección; un exoesqueleto, quizá. O vestimenta adecuada para sobrevivir en ese ambiente tan inhóspito para la clase de organismo que debía de habitar en el tercer planeta.

Uno de los componentes flotó hasta quedar a la altura de la forma bulbosa. Dentro de ella se encontraba lo que quedaba de un organismo muerto hacía mucho tiempo.

A primera vista era similar a las criaturitas que encontrara el resto de la miríada, allá sobre sobre la superficie del planeta. Aunque este organismo estaba apoyado sobre las patas posteriores. Quizá ése hubiera sido su medio de locomoción.

A lo largo de los eones, en su continuo navegar, la miríada se había encontrado con toda clase de seres, tanto biológicos como artificiales, y tanto con los que manipulaban su medio ambiente como con aquellos cuyo único imperativo era alimentarse y multiplicar sus números. Los extintos, como los que aún vivían.

El Universo estaba lleno de diversidad.

En raras ocasiones se captaban señales de alguna forma de vida, aunque lo más usual era que se perdieran y desparramaran en el éter del espacio.

Entonces, ahí iban, en su busca. A veces llegaban a encontrar a la civilización que lanzara esos mensajes, prosperando o al menos todavía sobreviviendo. Pero en general, para cuando daban con ellas, estas civilizaciones ya habían desaparecido.

Era aún más raro el toparse con una reliquia semejante.

El conocimiento que adquiriría un componente instantáneamente formaba parte del bagaje de la miríada.

Pero ese organismo ya no poblab el planeta. En el mejor de los casos había sufrido las mutaciones propias de cualquier especie, llegando a ser vaya uno a saber qué. En el peor, se había extinguido sin dejar descendencia, dejando el terreno libre para que lo ocuparan otras criaturas.

Pudiera ser que de alguna forma hubiera sobrevivido, allá en algún lugar entre las estrellas.

Aunque, si la miríada hubiera podido sentir alguna emoción, lo hubiera dudado. Los restos de artefactos que se encontraban desparramados en el espacio eran de una tecnología bastante elemental. Eso sin contar los restos de la criatura que parecía esperar de pie el fin del Sistema Solar, en el satélite del planeta. Su vestimenta protectora no demostraba una civilización muy sofisticada. Al menos, no como para desplazarse hacia otros astros.

El resto de la miríada continuaba recorriendo el planeta. Por aquí y por allá más ruinas. En diversos estados de conservación. Alguna que otra debió haber sido monumental, puesto que al desplomarse había

cubierto una importante cantidad de terreno.

Ni siquiera la miriada podía asegurar que todas las ruinas fueran de la misma época. Quizá fueran las huellas de diferentes civilizaciones. Cada una surgiendo de entre los restos de la otra.

En todas partes, las mismas pequeñas criaturas que se movían con rapidez. Los mismos diminutos organismos que pululaban bajo la capa de polvo que recubría el mundo, y los mismos microorganismos. Todos y cada uno de estos seres parecían que fueran a ser el último de su especie.

Ya no había nada más que observar. Era tiempo de continuar hacia otro objetivo.

Los componentes que se hallaban en el planeta se elevaron al unísono sobre la tenue atmósfera, y allí esperaron a aquellos que fueran al satélite natural.

Pronto toda la miriada estuvo reunida en algo que un observador de una cultura desaparecida hacía eras geológicas hubiera considerado un enjambre, y se dispuso a dejar atrás el tercer planeta.

Algo brillaba en la superficie.

Habían dado la vuelta al mundo, de cabo a rabo, y no había nada en éste que brillara. Ni fuentes de material líquido, ni estructuras metálicas.

La miriada se detuvo a considerar. Y, siendo la curiosidad su principal motivador, retornó al planeta que estaba a punto de abandonar.

Mientras ellos dormían, el mundo había sufrido incontables cambios. Civiliza-

ciones enteras habían caído y otras habían tomado su lugar. Montañas que surgieron, otras que desaparecieron gracias a la erosión y cataclismos varios. Especies que mutaron hasta tomarse irreconocibles, cuando no simplemente se extinguieron.

Pero eso no lo sabían.

Entonces despertaron.

Sus ojos se iluminaron, pero ellos no veían. Giraron lentamente su cabeza, casi al unísono, sin comprender ni recordar. El sistema que se ocupaba de su mantenimiento se detuvo, y los cables de alimentación se desprendieron.

La membrana todavía los recubría, pero ya se estaba degradando con rapidez. En pocos momentos no sería más que jirones y, pronto, ni siquiera eso.

En cambio, el proceso por el que recuperaran su propio ser era algo más lento. No en vano habían estado durmiendo durante eras geológicas completas.

¿Por qué razón habían despertado justo entonces? Si habían estado durmiendo durante tanto tiempo, ¿qué importaba un millón de años más?

¿Coincidencia que justo fuera cuando la miriada había visitado al planeta?

Probablemente no.

Mientras, en el exterior, la miriada recorría el árido terreno en busca de la inteligencia que en la remota antigüedad enviara un mensaje a las estrellas.

La visión había retornado. Y, con ella, el resto de sus sentidos. Y sus recuerdos.

se había detenido a una docena de pasos de él.

Los dos ojos que brillaban por encima de la barba cerrada lo observaban en silencio.

Domenech escupió al suelo y se giró completamente para enfrentar al extraño.

—Pónmelo fácil —gruñó el embozado—. Desvíate hacia el oeste. Aguardaré en la encrucijada a que hayas desaparecido de la vista y después volveré a la torre.

El forastero subió la mano hacia el hombro y cerró los dedos alrededor de la empuñadura. La hoja salió de la vaina despacio, susurrando la canción del acero. La última nota quedó en el aire unos segundos antes de desaparecer. Apoyó la punta en el suelo, entre sus pies.

—Pónmelo fácil, desconocido —dijo Domenech—. Desvíate hacia la torre. Aguardaré en esta encrucijada hasta que hayas desaparecido de la vista y después continuaré mi camino.

El embozado lanzó una maldición entre dientes y descolgó una pesada maza de la silla de montar.

—No me obligues a hacerlo, forastero —dijo.

Domenech se encogió de hombros y murmuró:

—La elección es tuya.

El jinete picó espuelas y se lanzó hacia él, con la maza levantada y los cascos del caballo devorando la distancia que los separaba. El forastero levantó la enorme hoja con esfuerzo, usando ambas manos, pero se mantuvo firme, clavado en la encrucijada. Cuando casi podía oler el alien-

to del caballo y contar las púas de la maza de jinete, se movió.

Saltó a un lado, apartándose del camino del jinete y usando el movimiento para poner el peso de su cuerpo en el filo de la espada. El acero segó las patas del caballo, que cedió lanzando astillas de hueso y sangre al paso del arma. El animal cayó hacia delante lanzando un desesperado relincho, atrapando al jinete bajo su peso.

El forastero se acercó, aún con la hoja levantada. La sangre resbalaba del acero y caía sobre sus manos. El caballo trataba de levantarse sin éxito, con los ojos en blanco y los ollares cubiertos de espuma. El jinete yacía bajo el cuerpo del caballo, con una de las piernas doblada en un ángulo antinatural y la cara roja a causa de un corte en la frente. Pese a estar malherido, intentaba desesperadamente alcanzar el mango de la maza, medio palmo fuera de su alcance.

El forastero apretó el paso y descargó la pesada hoja sobre los cuerpos caídos, sin distinguir hombre de bestia, acallando sus vidas con el filo del acero.

Contempló los cadáveres y aguzó el oído, esperando escuchar el chirrido de las puertas de la Muerte o un agradecimiento por parte de la Segadora. Sólo alcanzó a oír la noche y los chirridos de los insectos.

Limpió la sangre de su espada con la capa del jinete, y encontró en su cinto una bolsa en la que descubrió plata. Se guardó las seis monedas en su propia bolsa, pensando que no era suficiente a cambio de su vida. Se preguntó si había sido Racent o

—¿Ves la taba que está a la izquierda del Lobo? Está muy cerca, orientada hacia esa pieza central, persiguiéndola. Es el símbolo de la Doncella. Normalmente indica inocencia, calidez, bondad, pero ha caído al revés.

—¿Y qué significa eso?

—Frialdad. La Doncella de corazón de piedra, patrona del campo de batalla. Está a punto de alcanzar al Lobo.

Domenec miraba los huesos con expresión neutra. Tenía la boca seca. Los ojos del taumaturgo lo estudiaban, ágiles y astutos, atentos a cualquier cambio en su expresión.

—Lee la última taba, Racent.

—¿Estás seguro? —El tono del taumaturgo era pesado, susurrante.

—Vamos.

Su dedo huesudo señaló la última pieza, sobre la que había una retorcida marca negra.

—La Segadora. Centinela de las puertas de la Muerte. Aguarda al fin del camino.

El forastero apretó los dientes y murmuró: —Al fin de todos los caminos.

La uña del taumaturgo cayó sobre el símbolo negro de la Segadora.

—Hay lobos aullando en sus pupilas.

Domenec hizo un ademán de desprecio.

—Son sólo huesos. Y las palabras de un charlatán.

Racent le miraba, sombrío.

—El abismo sale a tu encuentro, forastero. Vete ahora. No quiero estar cerca cuando la Segadora abra las puertas.

El forastero salió de los aposentos del taumaturgo abriendo de golpe la puerta. Mientras se marchaba aún escuchó las últimas palabras de Racent: —El viejo mundo agoniza. Y pronto todos vosotros moriréis con él.

La mula se mostró extrañamente dócil la mayor parte del camino, tanto que el forastero llegó a pensar que había cogido una montura equivocada de los establos del torreón. *Rodaballa* avanzaba cabizbaja, lanzado un resoplido de vez en vez para acompañar la solitaria cadencia que marcaban sus herraduras sobre el suelo del camino. El forastero estaba cansado, preocupado, y el peso de la espada le resultaba menos soportable que de costumbre, por lo que no se percató de que lo seguían hasta que casi había dejado de ver la torre a su espalda.

Se trataba de un solo jinete, embozado con una capa parda, que mantenía más de cien pasos de distancia. El forastero redujo el paso e incluso se detuvo en dos ocasiones para ajustar sin necesidad las bridas de la mula, pero el desconocido no redujo la distancia que los separaba.

Resignado, continuó su camino, acercándose cada vez más a la bifurcación que separaba el sendero del bosque de la ruta descendente que llevaba a la aldea que le había indicado Cote.

Se detuvo justo frente a la encrucijada y palmeó el lomo de *Rodaballa*, que suspiró con fastidio. El ruido de los cascos del caballo fue aumentando hasta quedar en silencio. El forastero miró por encima del hombro. El jinete

Era una experiencia abrumadora.

Aunque... sus nombres se les escapaban. Por más que lo intentaran, era como si la memoria de quienes fueran se deslizara de entre los dedos.

De momento eso no tenía importancia. De seguro también eso regresaría.

Los habían preparado para ello durante años, ese largo tiempo durante el cual podían retirarse del programa en cualquier minuto. Pero nadie les había advertido (nadie lo sabía realmente) lo que sería despertar en este cuerpo de metal.

—¿Cuánto? —apenas pudo articular ella. Podría haberse comunicado de mente a mente, pero prefería la familiaridad de la palabra hablada.

—No sé —fue la respuesta.

Su compañero miró alrededor, en busca de algo. —El temporizador —dijo. Y agregó: —Si funciona.

Costaba hallar los sonidos y el timbre adecuados para un habla que se pudiera comprender.

Habían logrado salir de las vainas. Lo habían hecho automáticamente, sin siquiera considerarlo. Una vez fuera de éstas, pudieron echar un vistazo a su alrededor.

Estaba oscuro, lo cual era lógico, pues se encontraban a una gran profundidad. Eso lo sabían. Pero sus nuevos cuerpos estaban preparados para eso, y podían “ver” perfectamente, aunque de modo diferente a que si aún tuvieran sus ojos humanos.

Unos grandes bultos en el rincón llamaron su atención.

—Son las máquinas —dijo la compañera.

Entonces recordó. Se vio a sí mismo antes de entrar a la vaina, mirando mientras anónimas manos se ocupaban de asegurar las máquinas que pudieran llegar a serles útiles para abrirse paso una vez que despertaran.

Se acercaron. Estaban recubiertas por la misma membrana que los había recubierto, ya en franco proceso de desintegración.

—¿Funcionarán todavía?

—¿Por qué no?

Era cuestión de probar. Pronto.

La cámara había sido bien construida, para resistir el paso del tiempo. Había sido situada a gran profundidad, como protección contra los cambios en el paisaje que se suponía que llegarían a ocurrir. Así había sido. A su alrededor, bajo y sobre ella, el terreno había cambiado. Se había replegado y vuelto a desplegar. Las altas cumbres que conocieran le habían dejado el paso a otras, no menos altas, a las que a su vez también les había llegado la hora.

A lo largo de las eras, hubo diluvios, sequías que duraron siglos, glaciaciones, tierras que se hundieron y otras que surgieron, ríos que se evaporaron, otros que abrieron su paso. Los continentes que ellos conocieran habían dejado de existir hacía mucho tiempo.

En su lugar había habido otros, en los que a su vez habían surgido otras civilizaciones, pobladas con descendientes de aquellos que se llamaban Humanos.

Pero eso era en el pasado.

En la actualidad ya nada de eso existía.

Tampoco los océanos, que se habían evaporado dejando inmensas depresiones que alguna vez estuvieron llenas de agua salada.

El mundo se moría. Todavía tardaría unos cuantos cientos de millones de años, pero se acercaba inexorablemente al final de su vida.

Pero todo esto ellos aún no lo sabían. Lo último que recordaban de la superficie del mundo era un sitio lleno de verdor y flores y fragancias y la cacofonía de las aves en el lago cercano. Y el olor de la civilización. No tan fragante.

Aceite y ruido de maquinaria. Grandes construcciones y multitud de operarios.

El laboratorio donde se llevó a cabo la experiencia.

Ése había sido el último recuerdo de ambos.

El rostro del doctor Garcés inclinado sobre ellos.

Pasaban las horas, pero seguían sin recordar sus nombres.

Nada había en el recinto que les informara de sus identidades.

—¿Una identificación?

Si había habido algún trozo de papel, hacía tanto que había desaparecido que ni las huellas quedaban.

Lo mismo que lo que fuera que estuviera archivado en las computadoras.

Había muchas cosas que no recordaban, además de su nombre. Su familia, su infancia. En realidad, la mayor parte de su vida anterior que no tuviera que ver con el proyecto.

Era como si la memoria se hubiera degradado. Desaparecido.

O la hubieran hecho desaparecer.

—Pero, ¿por qué recuerdo al doctor Garcés?

—Quién sabe —le respondió la compañera.

Pero era una buena pregunta. No recordaban sus propios nombres, pero sí el del científico que los pusiera a dormir.

Aunque no el del resto del equipo, pues seguramente debió de haber habido un equipo. Y bastante nutrido, para semejante empresa.

Era un vacío en su interior. Toda su vida como humanos.

Pero, luego de unos momentos, ese vacío dejó de molestarles. Comprendían que tal sentimiento no era normal (definamos la normalidad de la situación), sino que deberían de sentirse perdidos y angustiados. Pero no era así.

La humanidad que tuvieran estaba quedando atrás con rapidez. De no ser así, no hubieran podido sobreponerse al cambio.

Tenían la vaga idea de que en algún momento se les había advertido acerca de ello, pero pudiera ser que simplemente lo hubieran dado por sentado. El hecho de que alguien les advirtiera.

Eran posthumanos.

Descubrieron que tenían capacidades con las que ningún humano hubiera podido contar. La rapidez con la que trabajaba su cerebro. La fuerza.

Sobre todo, la fuerza que poseían. Qué resultó muy útil a la hora de abrirse paso hasta el exterior. Eso y las máquinas capaces de taladrar las capas de roca y sedimentos varios.

Los aposentos del taumaturgo no eran aproximadamente como se los había imaginado. Reconoció una tabla grabada con un círculo arcano, y un cráneo de toro dispuesto sobre un marco de madera en la pared más alejada de la puerta. Ramilletes de distintas hierbas colgaban del techo y sus distintos aromas se fundían para crear un olor pesado, agobiante.

—¿Por qué acudes a mí para que lea tu senda? —murmuraba Racent mientras despejaba una mesa, disponiendo los cachivaches que había sobre ella en una estantería que parecía a punto de derrumbarse.

Domenec se encogió de hombros.

—Hay que saber hacia dónde blandir el acero.

Racent rió entre dientes.

—Todo un mercenario, ¿verdad? Tan hundidos en la sangre que derraman que no pueden ver más allá de la punta de su propia espada. Lo que marca nuestros destinos es el oro, y las plumas sobre el pergamino.

—El oro cambia de manos y los mensajes vuelan atados a las patas de las palomas. Pero, al final, no tienen valor. Cuando llega la hora de la verdad las palabras no bastan; el oro no basta. Sólo hay una cosa que mueve el mundo. Sólo el acero.

Racent sacudió la cabeza.

—La filosofía del campo de batalla... —murmuró con desprecio.

Tanteó entre los estantes hasta encontrar una bolsa de cuero, que tomó entre sus manos. En su interior se escuchaba el leve chasquido de los huesos al chocar. Racent seleccionó cuidadosamente cinco piezas. Cada taba estaba tallada en forma

de dado, con un símbolo arcano en cada una de sus caras.

El taumaturgo las apretó en su mano flaca y movió los dedos. Las tabas crujían al chocar entre ellas.

—Deberás irte y nunca volver aquí, forastero. Éste es el pago que exijo por leer tu senda en los huesos.

El forastero asintió, conforme.

Racent alzó la mano, pero se tuvo para musitar: —No soy responsable de lo que susurren estos huesos.

—Eso lo decidiré yo —gruñó Domenec, impaciente.

El taumaturgo abrió la mano. Los huesos cayeron, dibujando extrañas formas en el aire. Golpearon la tabla de la mesa con el sonido de los huesos al partirse, y rodaron hasta formar un patrón. Una de la tabas había caído en el centro y el resto se disponía a su alrededor.

Racent las miraba con ojos febriles. Su mandíbula se movía caóticamente de un lado a otro de su boca. Señaló la pieza central. Su cara superior mostraba un símbolo de bordes afilados.

—El Lobo. Habla de peligro, pero también de soledad. Y de la necesidad, el hambre, que lleva a la carroña. —Después señaló las tabas que había arriba y debajo; mostraban la misma runa—. El Camino debajo del Lobo, y el Yunque sobre él, haciendo oscilar su peso. El pasado que determina el devenir. El peso del pecado que pinta de sangre las mañanas.

—Sigue —apremió el forastero.

El taumaturgo le lanzó una mirada de reproche, pero acto seguido volvió a fijar su atención en la senda que dibujaban los huesos.

—Lo haré sin demora, mi señor —respondió Domenec con un asentimiento de cabeza.

Abandonaron la estancia hombro con hombro, bajo la severa mirada del señor y los ojos maliciosos del taumaturgo. La puerta se cerró a sus espaldas con un ruido seco.

—Pasa por las cocinas antes de marcharte —indicó el capitán—. Ordenaré que te den pan y queso para el camino. La noche es oscura, pero siguiendo el camino hacia el oeste encontrarás una aldea donde podrás dormir bajo techo.

—Cote... —comenzó el forastero.

—Lo hemos intentado, Domenec. Pero ahora tengo órdenes que cumplir.

—No todas las órdenes merecen ser obedecidas.

—Es posible, pero no soy quién para decidir. Existe un orden; Dios lo escribió en el pergamino del Cielo. Si se rompe una regla, ¿por qué no romperlas todas? Soy un soldado. La disciplina es lo que mantiene a los hombres con vida.

Domenec miró a su viejo enemigo y después asintió.

—Hasta que nos volvamos a ver, Cote.

—No lo hagas —gruñó el capitán cuando Domenec estaba a punto de volverse—. Lo que estás pensando. No lo hagas.

—¿Por qué no?

Gilem Cote resopló y miró al forastero con su único ojo. La cicatriz parecía más blanca que nunca.

—Lo recuerdo perfectamente. El cielo gris y dos hombres cruzando el acero bajo esos estandartes negros. La guerra acabó. Tu reina ha muerto. No hay razón para que se repita.

El forastero esbozó una media sonrisa. La sentía extraña en su rostro.

—Adiós, capitán.

Cote asintió con la cabeza.

—Recuerda pasar por la cocina.

El forastero se despidió con un gesto de mano y encaminó sus pasos hacia las cocinas, pero cambió de rumbo en cuanto estuvo fuera de la vista del capitán. Se encontró llamando con el puño a la puerta del taumaturgo.

La puerta se abrió hacia adentro y apareció el rostro flaco y macilento de Racent. El taumaturgo fijó su mirada en los discos de hierro que llevaba cosidos en el justillo de cuero y luego subió los ojos hasta encontrar la mirada desprovista de emoción del forastero. El color abandonó su rostro.

—¡Atrás! —exclamó, retrocediendo con un traspíe y alzando una mano en forma de garra—. ¡Atrás, te lo advierto!

Domenec se limitó a mirarlo en silencio hasta que Racent consiguió dominarse.

—No vengo a hacerte daño, taumaturgo.

—¿Y a qué vienes, Hijo de Lir?

—Vengo a hacerte una petición, taumaturgo. Mi futuro. Quiero que tus huesos me lo muestren.

—¿Quieres que mire tu senda en las tabas? —gruñó Racent con incredulidad.

—Tengo plata.

El taumaturgo gruñó y lo invitó a pasar con un ademán que hizo que el extremo de la enorme manga de la túnica se agitase.

—No quiero tu plata ensangrentada.

Que demostraron funcionar lo suficiente como para que pudieran terminar la tarea. Atravesaban los restos dejados por civilizaciones desaparecidas que ni siquiera habían surgido cuando ellos se fueron a dormir.

—¿Qué hacemos con esto?

—preguntó ella, indicando la cámara subterránea, muchos metros detrás y posiblemente a estas alturas inundada de polvo y escombros.

—Nada —fue la respuesta de su compañero. Si hubiera podido encojarse de hombros, lo hubiera hecho.

Aquello que los había sustentado por tanto tiempo ya no servía más. Ni las máquinas, que ya habían expirado, ni las computadoras que se encontraban en el recinto, dado que eran poco menos que polvo y cualquier información que poseyeran hacía mucho que había desaparecido. Todo lo que podían llegar a necesitar estaba dentro de ellos, en el cerebro artificial donde moraba la mente de las personas que fueran.

Era de noche.

Una noche de luna llena.

Una luna imposiblemente grande.

—Está más cerca.

Simplemente era un comentario.

Podían ver perfectamente lo que los rodeaba. Aun con sus ojos humanos hubieran podido distinguir su entorno con bastante claridad, con esa luna tan hinchada.

—Busquemos a alguien —dijo ella.

Pusieron sus centros de visión en modo telescópico, buscando señales de vida.

Había algo informe a la distancia.

Eran muchos “algos” informes.

—¿Ruinas?

—Eso parece. Vamos.

Hacia allá se dirigieron, abandonando el sitio que les diera cobijo durante eras geológicas enteras.

Unas criaturas de pequeño tamaño se escurrieron entre sus piernas.

Atraparon a una de ellas por la cola y la observaron con curiosidad, mientras se debatía chillando.

—Un primate. Un ratón, quizá —dijo él.

—No creo que tenga que ver con los ratones. Tiene un rostro que parece humano. O humanoide. Con los ojos adelante —respondió ella—. Y las patas delanteras parecen terminar en dedos. Cuatro.

—Las traseras tienen dos. —La pobre criatura no paraba de retorcerse.

—¿Quizá los cuatro se unieron en dos?

Por fin se apiadaron de su cautiva y la dejaron libre. El animalito se perdió de vista con rapidez entre lo que parecían ser arbustos bajos.

—¿Y la gente? O quienes quiera que haya.

Ni rastros. Pero el planeta era grande.

—No recibo ninguna señal —comentó ella.

—Tampoco yo —respondió su compañero.

Algo no funcionaba con el sistema integrado. Deberían de poder captar algo.

—¿Acaso no habrá nadie?

¿Cuánto tiempo habría transcurrido?

No tuvieron mucho tiempo para hacerse semejante pregunta, pues algo se presentó.

En la forma de una gran cantidad de pequeñas esferas que volaban hacia ellos. Semejaban un enjambre de abejas, y ambos se sintieron presa del pánico, como si aún tuvieran sus cuerpos orgánicos.

Se quedaron petrificados, incapaces de moverse del puro susto.

El reflejo brillante fue creciendo hasta convertirse en un par de seres. Su aspecto general era similar a los restos hallados en el satélite del planeta. Dos miembros superiores, dos inferiores que se apoyaban sobre el terreno, y sobre el tronco una estructura donde posiblemente se encontrara el núcleo de su existencia.

Pero de metal brillante.

Se acercaron.

Una nube de componentes rodeando a las dos figuras inmóviles, esperando la comunicación, el mensaje por el cual viajaran hasta el planeta.

Pero no obtuvieron respuesta; sólo silencio.

Finalmente, luego de la larga espera de segundos, algo sucedió.

Algo que produjo ondas a su alrededor. Tardaron menos de un microsegundo en identificarlas como ondas sonoras, una de las tantas formas de comunicación que poseían las diferentes formas de vida orgánica.

Pero no las artificiales. Y estas criaturas, indudablemente, eran el resultado de una creación consciente de otro ser, ya fuera orgánico o también artificial.

La mirada estaba lo más perpleja que podía estar. Este método no era muy eficiente.

La mirada no tenía voz.

No la necesitaba.

Hasta el momento, nunca había tenido la ocasión de comunicarse con alguna criatura que la utilizara.

Aunque se había encontrado con algunas, en planetas que posiblemente ya no existieran. Mas esas criaturas aún no habían adquirido la suficiente inteligencia como para intentar una comunicación con otros seres del Universo, o ya la habían perdido. Como fuera, la mirada había pasado sin averiguarlo.

Sin embargo, tenía la capacidad de poder manipular las ondas que vibraban en el aire, y de lograr una buena simulación de sonido.

—¿Quiénes son ustedes? —había sido lo que uno de los seres emitió.

La mirada comprendió la pregunta. Y no se sorprendió. La sorpresa no estaba en ellos.

—Somos la mirada.

Las ondas de sonido eran audibles para los otros, si bien los oídos humanos no hubieran entendido una sola palabra. La mirada no utilizaba palabras. Y tanto él como ella ni siquiera se asombraron de poder comprenderlos.

—¿Y qué es la mirada?

—La mirada es.

—Ésa no es una respuesta.

—La mirada es —repitió el componente que hacía de portavoz. Se encontraba a la altura de la cabeza de la criatura que había emitido sonido.

—¿Un ser compuesto? —El sonido había salido de la segunda criatura.

—Ustedes son uno solo. —No era una pregunta.

El señor acusó la noticia en silencio. Racent escupió a la hoguera e hizo un gesto contra el mal de ojo.

—Explícate, capitán.

—Son quienes las lideran y las organizan. Mujeres con el azul de la guerra en su piel. Empuñan acero.

—No hay celtas a este lado de las montañas. Su mundo se muere.

—Ahora las hay, mi señor.

Æster Ealdhert tomó una lenta bocanada de aire. Cuando habló, su voz era cortante como una flecha rasgando el aire.

—Partirás al alba. Castigarás a algunas de las mujeres como ejemplo, y te ocuparás de que el resto vuelva al lugar que Dios escribió para ellas. En cuanto a las celtas, las traerás ante mí; en cadenas o en pedazos.

Cote inclinó la cabeza.

—Mi señor, si se me permite la osadía...

—Escúpelo.

—No contamos con los suficientes hombres para cumplir vuestras órdenes y además defender las almenas de este torreón, mi señor.

El noble soltó una carcajada y descargó la palma de la mano sobre el reposabrazos de madera.

—¡Son mujeres, Cote! ¿Tienes miedo de sus faldas?

—Con vuestra venia, mi señor —interrumpió Domenec—. Los celtas no entienden la diferencia entre hombres y mujeres como nosotros lo hacemos. Ellas no tienen prohibidas las armas. No hay diferencia entre ellas y el más duro de vuestros soldados.

Un siseo desvió la atención hasta otro punto de la estancia. Procedía de Racent. Se estaba riendo.

—Bien debes saberlo —gruñó con su voz vibrante—. Te he visto en los huesos, forastero. El cisne entre cuervos. Amigo de celtas. Hijo de Lir.

—¿Lir? —preguntó Ealdhert, inquisitivo.

—Un druida, mi señor —siseó el taumaturgo—. Amante de los demonios que duermen en el corazón de los árboles más viejos. Este sujeto no es de fiar, mi señor. Os lo advertí.

El forastero clavó sus ojos fríos en la febril mirada de Racent, que se limitó a lanzarle una sonrisa de suficiencia.

—No voy a tolerar que haya celtas en mis tierras. Ni mujeres armadas —sentenció Æster Ealdhert.

—Mi señor... —volvió a decir Cote.

—Entiendo tus reservas, capitán.

Pero por algo es mi sangre la que tiene derecho a gobernar, Cote, y no la tuya. Mis razones son más amplias.

¿Sabes lo que llevarán las palomas mensajeras atado a sus patas? Palabras malintencionadas que dicen que Ealdhert no puede mantener la paz del rey en sus tierras; que hasta las mujeres se rebelan. Palabras ávidas de poder que dicen que el tiempo de los pequeños feudos ha terminado; que sólo los grandes señores pueden mantener el orden. Y no voy a tolerarlo.

—La defensa...

—Un noble tiene que hacer sacrificios, capitán. Una ganancia viene con un precio. Y voy a pagarlo. Ésas son mis órdenes. Cúmpelas.

Gilem Cote se llevó un puño al corazón.

—En cuanto a ti, forastero, abandonarás mi techo esta noche.

entre dientes, como llevaban haciendo todo el camino.

—Alto —gruñó el capitán, interponiéndose en el camino de Domenec cuando éste hizo ademán de dirigirse a los establos.

El forastero enfrentó la mirada del severo ojo de Cote.

—Cogeré mi mula y seguiré mi camino.

—Lo harás, después de hablar con el señor. —Alzó una mano envuelta en malla para cortar las protestas de Domenec—. Es su plata la que llevas en la bolsa. Es justo.

Ealdhert les esperaba de pie junto al sillón labrado, dándoles la espalda y con la mano apoyada en el respaldo de la silla que simbolizaba su derecho al gobierno. Junto al fuego, Racent los observaba con ojos brillantes y suspicaces, con las flacas manos hundidas en las mangas de su túnica.

El forastero se quedó un paso por detrás de Cote, que clavó una rodilla en el frío suelo de piedra.

—Mi señor —murmuró, con el caso bajo el brazo.

Æster Ealdhert se giró con la severidad cincelada en el rostro, y le dio permiso para alzarse con un gesto de la mano.

—Habla —ordenó mientras se dejaba caer pesadamente en la silla—. Explícame quién ha enviado a dos de mis guardias tras las puertas de la Muerte.

Cote torció el gesto, incómodo por las noticias que portaba.

—Son mujeres, mi señor.

Las cejas del señor cayeron pesadamente sobre su ceño. Se limitó a observar a Gilem Cote en silencio.

—Mujeres, señor. Vejadas y atemorizadas por los desertores y los... excesos de los soldados del rey. Han decidido tomar armas.

—No tienen razón ni derecho —gruñó Ealdhert.

—Por supuesto que no, mi señor —murmuró Cote con un asentimiento.

—Entiendo entonces que han sido desarmadas y devueltas a sus hogares.

Gilem Cote miraba fijamente a su señor, con una mano sujetando su yelmo y otra detrás de la espalda, cuadrado en un ademán marcial.

—Mi señor, no han podido ser desarmadas —informó secamente.

El noble se apretó el puente de la nariz con dos dedos y lanzó un sonoro suspiro. En la sala cada vez más oscura, sus anillos lanzaron reflejos dorados a la luz de las llamas de la hoguera.

—Capitán, ¿conoces las razones del vasallaje? —Cote guardó un respetuoso silencio—. La hoz que toma los frutos de la tierra necesita una espada que la proteja. Yo soy la espada; ellos la hoz. Así lo escribió Dios, ¿no es cierto? ¿Qué trigo va a segar la hoz si está ocupada tomando la espada? ¿De qué va a comer la espada si la hoz no siega el grano?

—No han tomado las armas por decisión, sino por necesidad, mi señor —arguyó Cote.

—Y mi necesidad es que vuelvan a arar sus campos —replicó duramente el noble.

—Hay algo más, señor. Hay celos entre ellas.

—Somos la miriada.

—¿Y qué hace la miriada?

—La miriada va.

—¿Va?

—La miriada recorre.

Había algo más, pero se les escapaba. Ni siquiera con su imposible forma de comunicación podían captar todos los matices.

—¿El Universo?

Era ella la que le hablaba. No. No le hablaba, sino que su "pensamiento" le llegaba directamente a su centro neurálgico.

Lo que hacía las veces de cerebro debía de estar acomodándose.

Pero eso no significaba que podían entrar en el sistema de la miriada.

Ni ellos en el suyo.

—¿Qué es lo que recorren? —preguntó.

—Lo que hay que recorrer —fue la respuesta. Diríase que era algo obvio.

El Universo. Galaxias y nebulosas y agujeros negros.

—¿Recorrieron mucho?

—¿Mucho? La miriada no comprende ese significado.

—Dos más dos más dos más dos hasta ser tanto como hay cuerpos celestes.

—Mucho. Queda mucho por recorrer. No hay fin.

—¿Cuánto tiempo hace que recorren?

Hubo que explicar, ya que la idea del tiempo que la miriada tenía no correspondía con la misma idea del tiempo que tenían los terrestres.

Pues eso eran: terrestres. Si bien ya no humanos.

—Cuando esta miriada comenzó a recorrer las agrupaciones de estrellas eran diferentes.

¿Galaxias?

—Debí de haber sido hace mucho tiempo.

—El tiempo es irrelevante.

Este intercambio se llevaba a cabo instantáneamente. Por parte de él no eran realmente palabras las que salían de su boca. Bueno, no tenía boca, sino un sistema que le permitía vocalizar.

Si la escena la presenciara un observador humano, en el supuesto caso de que todavía existieran humanos, cosa que no sucedía, lo único que hubiera podido apreciar era la cacofonía de silbidos, chirridos, y chasquidos que se escuchaban en el tenue aire.

Observaba a la esfera que tenía delante. Una bola brillante de alrededor de veinte centímetros de diámetro. No tenía protuberancias visibles, ni lentes o membranas con las que poder "ver", pero evidentemente de alguna manera captaban lo que ocurría a su alrededor. Tampoco señales de poseer algún medio con el que poder manipular lo que estuviera a su alcance.

Absolutamente nada que indicara su origen.

Quienquiera que las hubiera fabricado, seguramente habría desaparecido antes de que siquiera se formara el Sistema Solar.

Todavía pensando como el hombre que fue, se preguntó qué clase de energía utilizarían. No recordaba toda su vida anterior, pero sí estaba completamente seguro de que la Hu-

manidad jamás se había encontrado con algo semejante.

Al menos, hasta que se fueron a dormir.

Altamente probable que luego tampoco.

Las esferas, la miriada, los rodeaban suspendidas en el aire. Frente a él, aquella que parecía ser la voz de todas, y el resto, desparramadas a distancia variada de aquí hasta la Luna, o al menos hasta donde alcanzaba la vista de sus ojos posthumanos.

Debían de ser centenares de miles.

—Trescientos cincuenta y cuatro mil —le llegó la voz de su compañera.

No era exactamente la voz, pero así era más fácil de comprender esa clase de comunicación, de mente a mente. O de computadora a computadora, que eso era lo ahora eran.

—¿Ustedes son uno?

—¿Uno? No, somos dos. Mi compañera y yo.

—No son uno. ¿Hacen un uno?

Tardó el equivalente de un minuto en darse cuenta de lo que quería expresar.

—No hacemos un uno. Somos independientes uno del otro.

—Son más de uno.

—Exacto.

—Dos. Los dos no hacen un todo.

—No.

—Entendido.

—No recibo ninguna señal —le llegó la comunicación de su compañera.

Su cerebro posthumano había adquirido la plenitud de su capacidad, paulatinamente, sin que se diera cuenta.

—No. Creo que ya no hay gente —respondió—. O, al menos, no transmiten.

—Quizá cayó la civilización. Cualquiera que fuera.

Para entonces, el ser humano debía de haber desaparecido. O mutado hasta ser irreconocible. Quizá alguna otra criatura evolucionara para llenar su nicho ecológico.

O pudiera ser que la inteligencia superior no hubiera vuelto a surgir. Que todo lo que hubiera quedado fueran esos pequeños animalitos que parecían ser alguna clase de roedores.

—¿Cuánto tiempo?

—Millones de años. Con exactitud...

—No es necesario. Me doy una idea.

Este intercambio de ideas fue instantáneo; menos de lo que tardaría un parpadeo en sus antiguos cuerpos humanos.

Mientras, a su alrededor, las esferas continuaban rondándolos.

—El mensaje provino de este mundo.

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje?

—Eran fragmentos que demostraban inteligencia.

—¿Alguno de los tantos mensajes que se enviaron al espacio? —aventuró en su mente la compañera.

—O las señales de los medios de comunicación. Degradados hasta ser irreconocibles —le respondió él.

La miriada no se enteró de esta conversación, pero tampoco le importaba.

—¿Ustedes lo enviaron?

—Sólo hay lados si tú lo quieres —respondió el forastero—. Esa elección es tuya.

—Ealdhert no permitirá esto.

—Tu señor no tiene apenas hombres en su guardia —repuso Domenec—. Si combatís ahora, puede que venzáis, pero incluso en ese caso apenas quedarán soldados en las almenas del torreón de Ealdhert. ¿Eso es lo que desea? Estas mujeres limpian sus tierras de criminales.

—Algunos eran desertores. Otros eran los soldados del rey.

—¿Acaso no merecían morir?

Cote miró hacia atrás, donde guardias de ojos duros esperaban ansiosamente la orden. Negó con la cabeza, y de mala gana comenzaron a envainar las armas. Un murmullo recorrió las filas de las guerreras, que también rompieron la formación. Luar y Cote volvieron a quedar frente a frente.

—Puedo explicarle la situación a lord Ealdhert —ofreció el capitán—. Pero la decisión es suya, no mía. Si él lo ordena, volveré y os arrastraré cargadas de cadenas hasta sus calabozos. Pese a todo, le pediré comprensión.

—Si vuelves, las raíces de estos árboles beberán nuestra sangre, capitán. La mía y la tuya.

El único ojo de Cote miraba a la celta sin ninguna expresión. Al otro extremo de su nariz, la cicatriz tenía un tono rojizo. Dijo:

—Conforme.

—¿Y ellos? —preguntó Luar, señalando los cadáveres. No se le escapaban las miradas de rencor de los otros soldados.

—Están en un lugar mejor ahora. Atacaron sin esperar mi orden. Les prefiero en el seno de Dios que en las filas de mi guardia. —La voz de Gilem Cote era inflexible—. La disciplina es lo que mantiene a los soldados con vida.

—Y el acero —recordó la mujer.

—Espero no volver a veros, entonces —gruñó el capitán, despidiéndose con un gesto de cabeza.

—Que las diosas guíen tu camino —murmuró Luar.

—Te dejaré con tus diosas. Déjame a mí con el mío —refunfuñó Cote—. Vamos, muchachos. Tenemos entierros que preparar.

Domenec envainó el acero. Algunos soldados le miraban con desconfianza; otros, con hostilidad abierta. Esperaba poder llegar con vida hasta el castillo.

—¿Qué haces? —le increpó Cote—. Pensé que te irías con ellas.

—Mi mula está en los establos de Ealdhert —repuso sencillamente el forastero.

—Bueno, pero no esperes llevarte ninguna bolsa de monedas después de esto —gruñó el capitán, echando a andar hacia la espesura.

Llegaron al torreón cuando las últimas luces del día estaban escondiéndose entre las almenas. Los dos jóvenes soldados que custodiaban la puerta levantaron las lanzas en señal de bienvenida y ojos curiosos los observaban entre los matacanes, acusando las ausencias.

Los soldados entraron en el torreón cabizbajos. Lanzaban sutiles miradas al forastero y murmuraban

Rewalt lanzó un gruñido.
—¡Sólo existe un Dios, bruja!
—Ese Dios no ha hecho nada por nosotras, soldado —siseó Reda.
—Las diosas cazaban junto a mi pueblo en los tiempos del amanecer. —La voz de Luar era altiva y clara como el acero—. Tu Dios parece encontrar placer desoyendo las súplicas de sus hijas.

—Tienes una buena boca, bruja —dijo Rewalt con una sonrisa torcida—. Préstamela un rato por una pieza de cobre. Creo que encontraré un buen uso para ella.

Detrás de él, los soldados lanzaron risas roncadas.

—¿Ya te has cansado de esta tierra? —respondió Luar entrecerrando los ojos—. Déjame darte el último adiós.

El veterano dio un paso al frente, con los nudillos blancos de apretar el mango de su arma.

—Ven, bruja. Veremos si eres tan orgullosa cuando te ponga de rodillas.

Luar esbozó una fría sonrisa, pero Reda estaba roja de rabia. Escupió a Rewalt a la cara.

El soldado soltó un gruñido de rabia, cargando hacia la mujer morena y blandiendo la espada. Luar se interpuso entre ellos con gracia felina, desviando la hoja con el borde del escudo y hundiéndole la punta de hierro de la lanza en las tripas. Rewalt cayó de rodillas vomitando sangre.

—¡No! —gritó Lew, lanzándose hacia Luar en una arremetida furiosa.

Reda blandió el hacha con todas sus fuerzas. El arma osciló y se clavó

profundamente en el pecho del joven guardia, frenando en seco su carrera.

Los soldados se aprestaron para el combate, levantando las armas. Domenec saltó, girando para enfrentándose a los guardias de Ealdherth y blandiendo la enorme hoja de su espada para hacer retroceder a los que avanzaban.

—¡Quietos! —rugió Cote con voz de mando. Sus soldados se quedaron clavados a la tierra como si los hubiese golpeando con un martillo—. ¡No he dado ninguna orden!

El capitán se puso frente al forastero, que esperaba empuñando la espada entre los soldados y las mujeres guerreras. Cote se daba golpecitos en la pierna con el mango del hacha.

—¿Te pones de su lado? ¿Contra nosotros? ¿Por qué?

—He visto el dolor de la guerra, y la manera en que su música despierta los demonios que duermen en todos los corazones. Solía pensar que no hay elección, que el viento te arrastra allí donde le place. Pero era una mentira, Cote. Una excusa. Siempre hay elección.

Detrás de Domenec, las mujeres esperaban en formación de combate. Las otrora campesinas parecían inseguaras e intercambiaban miradas nerviosas, pero en primera línea las celtas fijaban la vista al frente; la mirada tan fría como el acero que empuñaban. Cerca de ellos, Rewalt y Lew morían con la cara aplastada contra el suelo. La tierra húmeda del bosque bebía su sangre.

—Y tú eliges ponerte de su lado —murmuró Cote.

—No. No fuimos nosotros —agregó—. Quizá mi gente. O los que vinieron después.

—Este mundo no tiene la capacidad para enviar mensajes.

Eso era cierto.

—Pero la tuvo. Supongo que fue hace mucho tiempo.

Otra vez el tiempo. Mas la mirada ahora pareció haber comprendido el término.

—Cuando había muchos organismos que lo poblaban. Y la luna, el satélite —levantó su rostro metálico hacia el enorme globo—, estaba a mucha más distancia. Hace millones y millones de años.

Podría haber dado la cifra exacta, mas se aferraba a lo que quedaba de su parte humana. Mientras le durara.

—Quienes lo enviaron ya no están —expresó simplemente el portavoz de la mirada.

—No —admitió el antiguo humano.

—¿Dónde están?

—No sé.

Las esferas comenzaron a moverse, replegándose y elevándose en el firmamento. Sólo quedaba la que hacía de portavoz.

—Ustedes dos son criaturas artificiales. ¿Son los únicos de su especie?

—Creo que sí.

—Peculiar. La mirada no conoce especies con sólo dos miembros.

“Nuestra especie contaba con miles de millones de miembros”, quiso decirle. Pero, ¿qué caso tenía?

El portavoz hizo algo inusual. De alguna parte extrajo un apéndice similar a un tentáculo y, flotando hacia

la compañera, lo enrolló en uno de sus brazos. Ella le dejó hacer, sorprendida y algo divertida. No estaba asustada. Hasta el momento la mirada no había hecho ningún movimiento que les alarmara.

Es decir, aparte de su existencia.

El portavoz desenrolló su apéndice y luego lo pasó por lo que hacía las veces de rostro, tal como haría un hombre ciego para “ver”.

Todo eso duró apenas un instante, tras lo cual el apéndice del componente volvió a su sitio, dentro de la esfera, que retornó a su estado original, completamente lisa, sin marca alguna.

—Son máquinas autónomas. Construidas por otros seres con inteligencia.

—Cierto. Tal como la mirada.

—No como la mirada. La mirada siempre fue.

No era cuestión de discutir.

—A la mirada ya no le interesa este mundo. Vio todo lo que había que ver. No pudo establecer contacto con los que enviaron el mensaje. Este mundo está muerto. La mirada se va.

Claro que realmente no dijo “ver”, dado que lo que tenían no era exactamente “visión”, pero cumplía con su cometido. Y el significado era el mismo.

No le interesaba el pasado del mundo; sólo el presente.

—¡Eh! Todavía no está muerto —dijo la compañera.

Pero ya el portavoz iba camino a reunirse con el resto de la mirada.

Los posthumanos los miraron perderse en el firmamento, hasta desaparecer en el espacio.

Se miraron.

Y, por primera vez desde que despertaran, pudieron verse como eran. Ella, una criatura plateada como la luna llena, con grandes ojos que casi, casi, parecían humanos; y él, rojizo dorado y de aspecto marcial.

—Me recuerda algo, pero no sé qué —le llegó el comentario de la compañera.

—Me pasa lo mismo.

La vida anterior era un abismo vago y nebuloso. Pero... eso no era importante. Quién sabe si en el pasado habían tenido familia, ya sea padres, hermanos, pareja, o hijos. ¿Qué habrían sido en esa vida? ¿Cómo fue que llegaron a formar parte del experimento que los convirtiera en lo que eran ahora?

Todo eso había desaparecido. Pero... estaba bien.

Estaban en este nuevo mundo, a cientos de millones de años de distancia de la época que los vio nacer.

Un planeta entero para explorar.

—¿Crées que se hayan salvado?

—¿Quiénes? ¿Los seres humanos? ¡Quién sabe! Supongo que algunos se fueron. Otros se quedaron y se convirtieron en algo más.

—¿Habrá gente allá? —En las estrellas.

—No lo creo. Ya pasó mucho tiempo.

—Yo creo que sí. Aunque hayan cambiado, van a seguir siendo gente. También nosotros. Somos gente. Humanos.

—Humanos de metal.

—Quizá.

La mirada ya debía de estar camino a la Luna. Si miraban con aten-

ción, con esos aparatos de visión que ocupaban el lugar de los ojos, podían vislumbrar la nube formada por los miles de componentes. Un superorganismo cuya única meta era investigar y viajar.

A lo lejos, en el reseco terreno, se encontraban las ruinas de alguna antiquísima estructura. Sería interesante ver lo que era.

—Vamos, tenemos todo el mundo para nosotros. Quiero ver que hay ahí.

—¿Es artificial?

—No sé. Vayamos a ver.

En el satélite natural del planeta, también llamado Luna, el astronauta olvidado permanecía de pie, tal como lo había hecho desde hacía cientos de millones de años.

¿Qué función habría cumplido su mera existencia? ¿Alguna advertencia?

¿Un homenaje? Ya no había nadie en el tercer planeta, en algún momento conocido como Tierra por sus habitantes, que siquiera lo recordara.

Y allí estaría, hasta que el satélite chocara contra el planeta o la moribunda estrella se llevara a ambos por delante.

Aunque eso podría tardar algunos cientos de millones de años.

Era una lenta agonía.

Pero los posthumanos no tenían prisa, ni angustia por su eventual desaparición.

Había mucho para ver.

En alguna parte del Universo, desparrramados entre varias galaxias, sobrevivían y prosperaban y se hundían diversos pueblos, cuyo origen podía remontarse a este mundo, el tercero, que

—Sólo hay un Dios —murmuró con disgusto Lew, frunciendo el ceño.

Cote se rascó la línea blanca de la cicatriz que le marcaba el rostro y dijo:

—No tenéis razón ni derecho a portar armas. Aester Ealdhert mantiene la paz del rey.

Una mujer, morena y menuda, se echó a reír con sorna. Tenía el pelo negro, cortado a cuchillo a la altura de la mandíbula, y se cubría con un gambesón acolchado diseñado claramente para alguien mayor.

—¿De verdad? —exclamó, apoyándose en el hombro el mango del hacha que empuñaba y señalando al capitán con un dedo acusador—.

¿Mantuvo tu señor la paz cuando su leva se llevó a nuestros maridos e hijos a luchar y a morir en el norte? ¿Dónde estaba cuando esos chacales con piel humana aparecieron en busca de su carroña?

—La guerra trae percances y calamidades, bien cierto es, pero corresponde al señor...

—Estábamos indefensas hasta que Luar y sus hermanas llegaron.

¿Debíamos dejar que nos robaran, que nos forzaran, que nos mataran? Todos los soldados sois iguales —bufó la mujer empuñando el hacha con ambas manos—. Perros con distinto dueño. Lo que impide que volvamos a ser víctimas es el acero que empuñamos; no la voluntad de vuestro señor.

—Ya has oído a Reda, capitán. Fuimos nosotras, el viejo pueblo, y no Aester Ealdhert, quienes acudimos a su llamada. Quienes les entregamos el saber que permite la libertad, la habilidad que distingue a cazador

de presa. El saber de dar muerte —proclamó Luar.

Cote se afianzó sobre sus pies. El forastero vio que aferraba con fuerza el mango de su hacha, preparado para golpear en cualquier momento.

—Vosotras habéis matado a los soldados del rey —acusó.

Luar alzó la cabeza, orgullosa.

—Sí.

—¡Eran carroñeros! —estalló Reda—. Acostumbrados a tomar por la fuerza lo que se les antojase. Pasaron por la casa de la vieja Malla, a tres leguas de aquí. Forzaron a sus dos hijas, uno detrás de otro, hasta que se cansaron de ellas. Pensaron que servir a la corona les situaba por encima de la justicia. Sí, los matamos. A todos.

—Tomando las armas sólo conseguiréis que os hagan más daño —trató de persuadir Cote—. Ealdhert no lo permitirá. Pero podéis acudir a él; pedir su protección. Él se encargará de defenderos.

Domenec suspiró e intervino.

—Ni siquiera tú crees eso, Cote —dijo el forastero—. Para tu señor, todo esto son consecuencias de la guerra; tristes pero inevitables. Y, aunque quisiera, no puede dedicarse a ahorcar a los soldados del rey. Tú sabes cuál es la verdad. Todo es una ilusión; todo salvo el acero.

—Ealdhert no permitirá que unas mujeres estén tomando armas en su tierra, especialmente si se dedican a cortar el gáznate a los soldados del reino —repuso Cote, tozudo.

—La voluntad de las diosas está por encima de la de tu señor —replicó Luar.

desenvainaron sus armas y prepararon sus escudos.

—Son... ¡Son mujeres! —exclamó el joven Lew, que blandía una espada corta y de pronto parecía no saber qué hacer con ella.

Domenec, que no había llegado a sacar su acero, bajó la mano hasta el cinturón. Las mujeres de la primera línea eran altas, atléticas, y llevaban el pelo trenzado hacia atrás en coletas que se asemejaban a la crin de un caballo; estaban pertrechadas con armaduras de cuero endurecido y tenían el azul del cielo marcando sus frentes y el brazo de las armas. Detrás de las guerreras del viejo pueblo vio otras mujeres, vestidas éstas con faldas de tela basta propias de las campesinas de esas tierras y cubiertas por piezas de diferentes armaduras. Varias de ellas se quedaron atrás, con flechas de plumas grises tensando las cuerdas de sus arcos. El resto formó un semicírculo en torno a ellos. El forastero vio que la mayoría blandía armas de hierro oscuro, pero también distinguió el inconfundible brillo del acero templado. Hubiese jurado ante la Piedra que algunas de esas armas habían pertenecido antes a los soldados del rey.

La veintena de guerreras estaba liderada por una de más edad, con el pelo dorado y gris trenzado elaboradamente en una larga coleta, y arrugas de expresión perfilando la comisura de sus ojos claros. De su frente se derramaban líneas retorcidas de un azul índigo, que atravesaban sus rasgos e iban a morir a su labio inferior.

—Bruja —siseó algún soldado.

—No puede ser —murmuró Gilem Cote entre dientes—. No hay celtas aquí.

Ella dio un paso hacia delante. Sujetaba de forma indolente un sencillo escudo de madera y una lanza tan alta como ella.

—Soy Luar —dijo con voz segura—. No hay necesidad de manchar el acero. Aceptaré vuestra rendición.

Rewalt se echó a reír y se recoló el casco de cuero con la mano de la espada. Dijo:

—Señoras, por favor, nos habéis dado un susto de muerte. Pero soltad las armas antes de que os hagáis daño, ¿de acuerdo?

Luarladeó la cabeza. Una flecha silbó al cortar el aire, y se clavó profundamente entre las botas del veterano. Rewalt dio un traspié hacia atrás, sobresaltado, y se puso rojo de ira.

—¡Maldita perra! —gritó.

—Silencio —ordenó Cote.

El capitán miró a las mujeres, que superaban en número a sus soldados, y después a Domenec. El forastero negó con la cabeza.

—Sólo habrá una rendición, Luar —dijo Gilem Cote—. Estáis en las tierras de lord Ealdhert. Deponed las armas ahora. Somos la justicia.

—Podéis ser la ley, pero no reconozco las fronteras con las que habéis herido la tierra ni vuestra potestad sobre ella —cortó la mujer—. La justicia somos nosotras.

—Sé razonable —pidió el capitán—. Las mujeres no nacieron para tomar las armas.

—Mis diosas no piensan lo mismo.

Rewalt escupió al suelo con desprecio.

orbitaba un sol moribundo. Algunos eran descendientes de aquellos conocidos como seres humanos, aunque ningún ser humano lo reconocería como un congénere. Otros podían rastrear a otros seres que en la época, en la que ambos posthumanos vivieran, simplemente eran unos más entre los que se consideraban meros animales.

Y, entre todos ellos, alguno, alguna vez, ¿se preguntaría acaso qué habría sido del planeta natal de su especie?

¿O ya lo habrían relegado al olvido, junto con ese astronauta eternamente de pie?

© E. VERÓNICA FIGUEIRIDO, 2015.



E. VERÓNICA FIGUEIRIDO
(Argentina —Buenos Aires—)

Una de las pioneras que impulsó el *fandom* en los años ochenta, colaboró en revistas como **Nuevomundo** (antecesora de **NM**), **Sinergia**, **Cuásar**, **Vórtice**, **Galileo** y **Axxón** y varios de sus cuentos fueron traducidos a otros idiomas.

En **NM** publicó “Los recién llegados” (# 26), “Los turistas” (# 28), “Un mundo perfecto” (# 31) y “La doncella Godgifu” (# 35).

EL LIBRO DE LOS PAZYRYK

VÍCTOR HUGO PÉREZ GALLO

Estas páginas son fragmentos de una especie de bloc de notas o diario de campo del profesor de antropología comparada doctor V. Ruiz de la Vega, hallado en su cuarto después de su suicidio en extrañas circunstancias. Estaba medio quemado, por lo que poco pudo recuperarse.

BREVE COMPENDIO
DE LA EXISTENCIA CRONOLÓGICA
DEL "LIBRO DE LOS PAZYRYK" (ПАЗЫРЫК),
O "LIBRO DE LOS MINEROS"¹

He hallado algunos de estos interesantes datos en un incunable, titulado con el curioso nombre de Compendio

¹ Este título ha sido traducido del ruso antiguo de la portada del incunable xilográfico al que se hace referencia y que estaba situado en la Sección de Libros de Donación del Campo Socialista, en la Biblioteca del Instituto Superior Minero Metalúrgico de Moa. [Nota manuscrita al borde de la hoja por el autor; todas las referencias a pie de página tienen este origen].

de libros de magia negra y heréticos del orbe², descubierto casualmente cuando indagaba por el Index librorum prohibitorum, edición El Vaticano, de 1948, por lo que pude determinar que es indudable que, en la Antigüedad, el Libro de los Mineros fue bastante notorio entre los seguidores de ciertos ritos oscuros o practicantes de magia negra, aunque estoy seguro de que muchos nunca lo llegaron a ver y sólo trabajaron con referencias suyas, con copias apócrifas. Allí se menciona un ejemplar guardado celosamente en el Archivo Secreto Vaticano, consistente en un grimorio de tapas oscuras y gruesas, encadenado a una sola mesa con un inmenso candado cuya llave en forma de cruz gnóstica (Anjcopto) cuelga siempre del cuello del Papa reinante; si cualquiera mira detenidamente las pinturas de los Papas

² Escrito en castellano antiguo.

—Que me parta un rayo si los celtas no tienen nada de demoníaco —murmuró en voz queda, continuando la marcha.

El joven, Lew, también le dedicó un breve vistazo de sospecha, para después apartar rápidamente la mirada y avanzar hasta el veterano.

—No se lo tengas en cuenta —comentó Gilem Cote cuando reanudaron la marcha—. ¿Es cierto lo que se dice, que tus hermanos y tú fuisteis criados por un espíritu de los bosques, una criatura enorme, de cabeza as-tada?

Domenec se permitió una sonrisa. No creía que nadie hubiese podido confundir a viejo Lir con una criatura terrible y amenazante.

—Sólo es un anciano, que posee la sabiduría de las plantas y las raíces. Un celta. Pero yo no profeso su fe.

Cote soltó un sonido grave que probablemente indicaba que estuviese meditando.

—Eso me lo callaría, ¿sabes? Los celtas no son muy queridos, y no quiero que los muchachos se pongan nerviosos ahora.

El forastero indicó con un gesto que estaba conforme.

—¿Y no sabía de artes hechiceras ese Lir?

—He visto cosas para las que no tenía explicación en muchas ocasiones —confesó Domenec—. Pero eso no quiere decir que no tuviesen explicación alguna. Algo natural puede parecer brujería, si no se lo conoce. En una ocasión un marinero me contó que, si viajas lo suficiente hacia el norte, del cielo nocturno caen cortinas de fuego frío. Quizá eso sí sea

hechicería, o quizá al marinero le gustaba demasiado beber.

La comitiva siguió caminando, hasta que el tenue sendero desembocó en un pequeño claro tras el que se elevaba una colina sembrada de pequeñas rocas.

—¿Sólo crees en lo que ves, entonces?

—No. Nunca he visto a los capas grises, y sin embargo no viajaría hacia el norte vistiendo los colores del rey. Lo único que digo es que vuestro taumaturgo es un farsante.

—Se lo diré a Ealdhert —dijo Cote, con una mueca divertida que arrugaba su cicatriz—. Quizá se con-venza y lo mande colgar.

Un impacto interrumpió la conversación. Del tronco de un árbol cercano sobresalía el asta de una flecha. Cote dio un cauteloso paso hacia delante, y otra flecha idéntica a la anterior se clavó en el mismo tronco. El capitán lanzó una maldición y aprestó el hacha.

Los soldados de Ealdhert formaron en torno a su capitán mientras desenvainaban las armas. Figuras armadas comenzaron a surgir de detrás de los árboles.

—Ya era hora de que esto acabase, ¿eh? —murmuró Gilem Cote con voz tensa.

El forastero asintió y se llevó una mano a la empuñadura de su espada.

Las siluetas salieron de entre los árboles y se les echaron encima. Cote esbozó una mueca feroz y sope-só el hacha corta que tenía entre las manos, protegiendo su cuerpo con el escudo de roble. Sus soldados

—Nunca había visto a ese viejo taumaturgo tomarla tanto con nadie. ¿Y qué me dices de toda la palabrería que escupió en el oído de Ealdhert? Todo eso de la sangre vertida, las manchas del pecado en tus manos, las huellas del pasado, y el camino hacia el abismo... Acostumbra a decir cosas sensatas, al menos la mayor parte del tiempo. Otras, sólo murmura cosas acerca de senderos inescrutables y mujeres de sombras.

—He conocido a varias personas que decían ser hechiceros, brujos, o taumaturgos. Algunos nobles les gusta tenerlos a su servicio para que les aconsejen sobre los peligros que no se ven, a pesar de las quejas de los sacerdotes. —Domenec se encogió de hombros—. Todos con los que me he topado eran unos charlatanes. No creo que tuviese nada contra mí, simplemente debe aparentar de cuando en cuando para conservar su puesto junto a Ealdhert.

—Entonces, ¿no crees que la hechicería exista?

El forastero arrugó el gesto y deseó estar en otro lugar, preferiblemente frente a una chimenea y con una jarra de cerveza entre las manos, pero acabó respondiendo:

—No digo eso. Sólo digo que hay gente que dice ser lo que no es, sobre todo si ven el brillo de las monedas. Tu señor no parece pensar muy diferente. Después de todo, aquí estoy, con una bolsa de las monedas de Ealdheart en mi cinto y otra esperándome si tenemos éxito.

—Es un noble, después de todo, y sólo se hace caso a sí mismo. Y sabe que son las espadas, y no la

palabrería extraña de los taumaturgos, lo que acaba con los bandidos, desertores y gentes de esa ralea.

—¿Qué es esto? —exclamó uno de los soldados, interrumpiendo la conversación.

Rewalt, un veterano al que le faltaba una oreja y cuyo pelo color del humo estaba cubierto por un simple casco de cuero, daba golpecitos con la bota a su hallazgo. Era un pequeño pilar de piedra cubierto por la maleza, que surgía del suelo y le llegaba por la cintura. Con un gruñido el soldado arrancó la enredadera con una mano enguantada, y descubrió la forma ovalada con un agujero circular cerca del extremo superior, que la atravesaba de lado a lado. De inmediato, Rewalt dio un paso hacia atrás como si hubiese descubierto una serpiente venenosa e hizo una señal en el aire contra el mal de ojo. Lew, un joven imberbe al que el tabardo de su señor le quedaba demasiado grande, se situó junto al alarmado veterano.

—¿Qué es eso? —preguntó, mirando el pilar de piedra con preocupación.

Cote se acercó y escupió al suelo.

—Es una flecha del diablo, muchacho —murmuró con voz rasposa—. El símbolo de un mundo más oscuro.

—Es una Piedra de Juramentos —dijo el forastero detrás de ellos, provocando que las cabezas se volvieran—. El viejo pueblo sellaba sus promesas con sangre, y la piedra que vive para siempre era testigo de esos pactos. No tiene nada de demoníaco.

Rewalt le lanzó una mirada torva.

elegidos en los últimos dos mil años, se ve claramente la llave dorada, acompañando perennemente a la tiara y formando parte de la iconografía del escudo papal. ¿Qué secretos guarda ese libro? ¿Qué horribles abismos profundos puede abrir? ¿Qué horribles verdades nos dirían a la humanidad? Nunca lo sabremos. Lo tuve en mis manos una sola vez y no puedo recordarlo sin estremecerme. Un tomo polvoriento, rasposo, agrietado; la portada hecha de una piel basta, escrito el título en caracteres cirílicos en relieve y medio desencuadernado. Aquella última tarde de invierno sólo pude hojearlo brevemente; una simple ojeada antes de su desaparición. Apenas transcribí unas pocas páginas, pero sé que el mal estaba allí. Era un sentimiento casi físico, punzante, y doy gracias de que alguien lo haya robado, y espero que también destruido, si es que el conocimiento oscuro se puede asolar. Cuando lo toqué por primera vez sentí que la piel se retorció bajo mis manos y perdí la fuerza cuando lo levanté a la luz; de un momento a otro su peso descomunal me iba a hacer caer de rodillas. Lo puse en la mesa y le di la espalda. Una especie de huida, supongo. Pero ahora está extraviado. Espero que para siempre. De todos modos quiero saber cuál es el origen del libro maldito. He investigado. Dejo plasmadas aquí mis cortas impresiones.

El término Пазырык es intraducible, pero mi amigo, el catedrático Mario Andrés, filólogo especializado en antiguas lenguas eslavas, dice que podemos acercarnos a él como el nombre que le daban a un antiguo

pueblo nómada y pastoril, que vivió cerca de lo que actualmente es la ciudad de Novosibirsk, en los montes Altai, y del que Herodoto habló en sus libros. Aunque está escrito en un alfabeto glagolítico, se puede decir que sus miembros eran pastores guerreros que, de repente, según los arqueólogos soviéticos, tuvieron un salto en su evolución y desarrollaron una sofisticada manufactura del hierro en medio de la Edad de Bronce, hecho insólito en esa remota época. Una de sus actividades económicas principales era la minería, por lo que el nombre de su etnia podría traducirse como “los progenitores de la mina” o “padres de los mineros”. Lo curioso es que este salto evolutivo fue súbito, como si alguien o algo les hubiera enseñado técnicas metalúrgicas sofisticadas; sus armas y herramientas tenían un perfeccionamiento superior al de las tribus colindantes. En sus tumbas se han hallado agujas de tatuar que se podrían usar hoy en día por su fineza. Se comenta que los ritos y deidades cuyos cultos están contenidos en el terrible Libro de los Mineros eran parte fundamental de su religión. Le he seguido el rastro al libro desde la más remota Antigüedad, hallando muchas huellas sobre su existencia y sobre su uso en las más disímiles fuentes. He tratado de construir una cronología del libro, pero los datos recogidos son equívocos respecto de las fechas y se contradicen no pocas veces; por tanto, los tiempos expuestos aquí son tentativos, dado que no están especificados en los textos donde hallé los comentarios. Han sido de suma ayuda para com-

pletar los datos la Enciclopedia Británica, en la excelente edición de 1911; La magia suprema negra, roja e infernal de los caldeos y de los egipcios, de Sufurino, Roma, 1910; Sommerfeld, "Bemerkungenzur Dialektgliederung Altakkadisch, Assyrisch und Babylonisch", en Alter Orient und Altes Testament, Magderburg, 1919, y Babylonian influencia on The Biblia and popular creencia: "Têhôm and Tiâmât", "hades and satán": a comparativo Study of Genesis, de Palmer, Abram Smythe, 1887. He comentado algunos de los fragmentos basándome en otras fuentes modernas. Las he resumido y cito a continuación.

- 627 a.C. Mencionado en el poema épico *Enûma Elish*, escrito en una de las tablillas de caracteres cuneiformes halladas por los arqueólogos en los restos de la biblioteca de Assurbanipal. Llamado en el poema "Libro de los mineros de la locura", o "Libro de los extractores de la demencia", según la traducción del acadio. Allí se describe cómo Sargón de Akkad, en una de sus incursiones al norte, lo robó de una de las tribus que vivían "donde nunca se ve el sol" y lo trajo a su ciudad de Akkad. En la batalla de Uruk (circa 2271 a.C.) Sargón venció al terrible ejército de Lugalzagesi, pasando a dominar el territorio de lo que hoy conocemos como Mesopotamia. Se menciona la terrible prohibición de leerlo en voz alta en lugares públicos y la interdicción de su acceso, exceptuando al Mago Principal de la Corte (murió terriblemente calcinado), o al Astrólogo del Rey (luego decapitado por la Guardia Real). Según el poema épico, los textos que contiene el libro

los transcribió de una lengua extinta al acadio un oscuro sacerdote llamado Akki, descrito en las leyendas como el preceptor del futuro rey Sargón, también llamado Sharrum-kin, "rey verdadero". Se dice que Akki pasó cuarenta días y cuarenta noches en el desierto mesopotámico y que el mismo Kingu, dueño de las Tablettes del Destino, se lo dictó para que los hombres tuvieran un arma para derrotar a los mismos dioses y una puerta a otros universos. Cuenta el poema que Kingu fue castigado con la muerte y desangrado sobre la arena (en otras interpretaciones se dice que su sangre fue el origen de una nueva raza de hombres). Akki fue tragado por un pozo ciego de una de las inmensas ciudades destruidas por las guerras entre los señores divinos. En otras versiones encontradas se describe su muerte en la ciudad de Makoraba (que después se llamó La Meca), devorado por unos fuegos que surgieron de improviso del subsuelo.

- 400. d.C. Robado de la inmensa biblioteca de la famosa filósofa Hypatia por Cirilo de Alejandría, durante los disturbios en la ciudad que ocasionaron el asesinato de ésta por parte de las turbas cristianas. Cirilo, patriarca de Alejandría (376-444), según sus memorias, lo había estado buscando durante mucho tiempo. Conocía que Novaciano lo había tenido en su poder, por lo que quemó y saqueó las iglesias fundadas por los partidarios de las enseñanzas de éste, buscando el texto sagrado. Se supone que allí fortaleció su concepto teológico de la Madre de Dios. Según otros pasajes se rumora

go a todos cuantos haya a su alrededor.

El señor frunció el ceño y asintió gravemente, pensativo.

—Posees un prodigioso don, Racent.

El taumaturgo asintió satisfecho, y añadió con falsa modestia:

—Siempre a vuestro servicio, mi señor. La taumaturgia es un camino arduo, y son pocos los que...

—Quizá podrías usar tus habilidades para encontrar a quienes están matando a los soldados del rey en mis tierras —cortó Ealdhert.

—¿Mi señor? —inquirió Racent con sus cejas formando arcos sobre sus ojos.

—Tus talentos taumatúrgicos sin duda podrán hallar a esos maleantes que acosan a los soldados del ejército en mis tierras antes de que el condestable exija saber por qué no soy capaz de guardar la paz del rey en las tierras que él me concedió.

Racent boqueó asustado.

—Mi señor, sin duda un hombre docto como vos sabrá que el arte de la taumaturgia, por más prodigioso que resulte, se asemeja menos al golpe de un hacha y más a un susurro que...

El noble dejó de prestar atención a las atropelladas palabras de su consejero y preguntó a Domenec:

—¿Cuánto pides, forastero?

—Cinco monedas de plata ahora; otras cinco si se hace el trabajo.

Ealdhert sonrió tan deprisa que Domenec lamentó no haber pedido más.

—Racent, ¿cuánto me cuestan tus huesos, tus hierbas, y tus materia-

les de alquimia, aparte de lo que pides para ti mismo?

El taumaturgo levantó las manos con las palmas hacia arriba en un gesto indeterminado, pero el noble no le dejó responder.

—Te lo diré yo, Racent. Más, mucho más.

Gilem Cote reía en silencio, contemplando la escena con velada satisfacción.

—Tus huesos y tus palabras son caros, Racent —dijo Ealdhert. Después miró al forastero y sentenció: —Y menos efectivos que el acero.

Rompían la quietud del bosque con el crujido de ramas rotas y hojas secas aplastadas que hacían al avanzar por el sendero. De la docena de hombres armados que maldecían, escupían al suelo, y sorbían por la nariz, el forastero era el único que no lucía la sobreveste verde de la guardia de lord Ealdhert. El único escudo de armas que portaba era el extraño dibujo que formaban los arañazos que marcaban su desgastado justillo de cuero.

—Este frío se te mete en los huesos, ¿eh? —gruñó Gilem Cote a su derecha.

Cote, con el yelmo calado hasta las cejas y el hacha al alcance de la mano, tenía el aspecto cruel y contundente correspondiente a su cargo como capitán de la guardia. Su único ojo le miraba bajo una poblada ceja. El forastero asintió mientras el otro se arrebujaba en su capa.

—¿Estás seguro de no haberte topado antes con Racent?

—Jamás le había visto —repuso el forastero.

—Sí, puedo ver que está acostumbrado a matar. ¿Cuál es tu nombre, forastero?

—Domenec, mi señor —respondió con voz ronca.

El señor hizo un gesto con la cabeza hacia Gilem Cote.

—Mi capitán dice que te conoce del campo de batalla. ¿Viejos camaradas?

—Viejos enemigos, mi señor —respondió el forastero.

—¿La última guerra?

Domenec asintió.

—Luché por la reina equivocada.

Ealdhert asintió en silencio, severo.

—¿Bajo qué estandarte?

—Bajo el de Tean Maraz, pero éramos una compañía independiente. Nos llamaban la Bandada de Cuervos.

El hombre que estaba a la izquierda del noble carraspeó sonoramente, agitado, pero ni Ealdhert ni Cote le prestaron atención.

—Nos cruzamos en batalla. Fue él quien me dejó esta cicatriz —murmuró el capitán.

—Dime, Domenec —preguntó el noble—. ¿Por qué dejaste a Cote con vida?

—Mi señor, en ningún momento tuve esa intención.

Æster Ealdhert soltó una risa seca, complacida.

—Sí, ya veo por qué lo quieres a tu lado, Cote. Cuando llega la hora de sacar el acero, es el tipo de hombre que prefieres tener a tu lado.

—Sin duda, lo prefiero antes que tenerlo de frente —repuso el capitán secamente.

El hombre a la izquierda de Ealdhert tosió sonoramente y dijo:

—Como vuestro consejero me veo en el deber de interrumpir, mi señor.

Æster Ealdhert le miró con curiosidad y alzó una ceja, apoyando indolentemente un codo en el reposabrazos en forma de rama de su asiento.

—Éste es maese Racent, el taumaturgo a mi servicio. Habla.

Racent se inclinó hacia delante, presa de un ansia interior, y del cuello de sus ropas se escapó un amuleto de hueso tallado.

—Debo preveniros contra este hombre, mi señor. El pasado y el futuro forman ambos lados de un espejo. —Señaló a Domenec con una mano que surgía de una amplia manga—. El peso de sus pecados salpicará de sangre las mañanas, señalando el camino del abismo.

La voz del taumaturgo temblaba un poco de emoción contenida cuando acabó de hablar. Domenec se limitó a pasarse una mano por el áspero pelo gris y a mirar fijamente a Racent, hasta que éste tuvo que bajar los ojos.

Ealdhert miró un instante al forastero, y después volvió a girarse hacia su consejero.

—¿Y eso qué significa? —preguntó, brusco.

Racent se humedeció los labios con la lengua, y habló rápidamente, lanzando de cuando en cuando nerviosas miradas a Domenec:

—En ningún caso debéis hacer otra cosa que despedirlo y dejar que siga su oscuro camino, mi señor. El peso que lleva puede arrastrar consi-

que luego de robarlo le encomendó a sus amanuenses transcribir tres copias, aunque lo considerada un texto herético (¿?). Es notorio que dos de los escribas terminaron locos y el tercero se suicidó.

- 622 d.C. (año 1 de la Hégira). Abu l-Qasim Muhammad ibn, más conocido en el mundo occidental como Mahoma, lo menciona en uno de sus primeros escritos como un libro maldito, origen de las invocaciones a Djinn y Efrits, genios superiores a los humanos, por provenir de la misma respiración de Aquel cuyo nombre no debe ser mencionado en vano (se debe señalar que éstos son espíritus malignos paganos, preislámicos, anteriores a la Kaaba, previos al Corán, no convertidos al islamismo por Mahoma).

- 721 d.C. Libro prohibido por Beda, el Venerable, en su *Historia eclesiástica del pueblo de los Anglos*, más conocida por *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*. Según Beda, los invasores que venían del norte (pictos) se convertían en lobos y osos con la ayuda de conjuros y devoraban a los cristianos y lo quemaban todo. Sus sacerdotes se subían a cualquier elevación antes de las batallas y comenzaban a leer el maldito libro, “y era como el chirriar del aceite, el terrible viento del sur y el aullido del lobo solitario”. Beda, el Virtuoso, recomendaba degollar a los sacerdotes paganos y quemar el libro donde fuera hallado. Además suplicaba que destruyeran las piedras con inscripciones ogámicas, que no eran más que duplicaciones de conjuros malignos, donde el nombre de cada letra

corresponde a un árbol, siendo uno de los orígenes de las religiones druídicas. Por último decía, en su *De Temporum Ratione*, que muchas de las invocaciones y formulas del libro estaban escritas en *kenningar*, formando *dróttkvætt* (aliteraciones), por lo que sólo los iniciados en artes necrománticas paganas podían usar sus conjuros.

- 870 d.C. Traducido al árabe clásico por Al-Bujari, filósofo árabe que dedicó su vida a recoger las tradiciones orales sobre su profeta Mahoma y que los compiló en los *Hadit*, uno de los libros prohibidos por la Iglesia Católica y que los fieles musulmanes consideran parte de sus textos sagrados. Se considera perdida esta traducción, aunque se especula que en la actualidad queda un ejemplar en la biblioteca de Echmiadzin, el monasterio donde tiene su archivo el Papa de la Iglesia Católica de Armenia.

- 1370 d.C. Destruído en la hoguera por Gregorio XI, amante de los libros, un ejemplar manuscrito con las tapas negras, escrito en latín, traducido del árabe por Juan Hispalense, de la escuela de traductores de Toledo. Lo había hallado en la Biblioteca de la Sorbona cuando buscaba *Laelius* (*sive, De amicitia*), de Cicerón.

- 1600. Mencionado en una de las fórmulas mágicas escritas en el libro de magia islandés *Galdrabók*, donde se lo mencionaba por su eficacia para conjurar trasgos y tener el poder sobre ellos. Por otra parte, describe su poder de hacer palingenesia y crear homúnculos.

*P.D.: Después de una ardua búsqueda en la Biblioteca Nacional, Internet, y con la ayuda generosa de otras bibliotecas universitarias, como las de Gotinga, la Universidad Carlos III, la Universidad de Miskatonic, la Universidad de Lomonosov y la Sorbona II, he hallado algunos escasos datos modernos sobre el Libro de los Mineros y los transcribo abajo*³.

- 1823. Mencionado en una de sus cartas por Domingo del Monte (*Centón epistolario de Domingo del Monte*) como uno de los libros raros escritos en caracteres rúnicos que tenía en la biblioteca de su mansión de La Habana, en la que menciona que su padre, Leonardo del Monte y Medrano, Oidor de la Real Audiencia de Santiago de Cuba, lo adquirió en una subasta pública, después de la ejecución de su dueño en la Plaza de Armas, un criollo acusado por la Inquisición de prácticas demoníacas de Vudú y Palo Monte. La biblioteca fue destruida por los voluntarios españoles como venganza durante la Guerra de Independencia. Según Domingo del Monte existía otro ejemplar muy deteriorado en el Seminario Conciliar de San Basilio de Magno⁴. Es desconocido su paradero.

- 1920. Halladas fórmulas mágicas en un folleto en poder de Fanny Kaplan, terrorista anarquista que le dis-

³ Actualmente el original que se encontraba en la Biblioteca de la Universidad de Moa está extraviado. Las bibliotecarias enfatizan que nunca existió, pese a estar asentados sus datos en las fichas bibliográficas.

⁴ Negado por el arzobispo de la arquidiócesis de Santiago de Cuba, Monseñor D. Guillermo García Ibáñez.

paró a Lenin balas envenenadas con cianuro. Kaplan fue detenida por la Checa y llevada a Lubianka, donde fue horriblemente torturada, pero —según Malkov⁵— cuando le sacaban las uñas con una pinza, y le quemaban el rostro con vitriolo, lo único que hacía era reírse, con un risa demente, sacrilega, que “se escuchaba nefasta en los sótanos de la Lubianka, como si estuviera poseída por otro ser que disfrutara con los tormentos”. En el folleto se hallaron constantes alusiones al *Libro de los Mineros*. El fascículo debe de estar en los viejos archivos de la antigua KGB.

En la actualidad se conoce que había un códice escrito en cirílico arcaico en la biblioteca especializada del Instituto Superior Minero Metalúrgico de Moa, donado por el Instituto de Minas de San Petersburgo y perdido en la actualidad. Se sabe que hay otro ejemplar en la Biblioteca de la Universidad Estatal de Lomonosov y se rumora que un tercero está en la Universidad de Harvard, en la Biblioteca Houghton; un Codex donado por Cotton Mather.

He enviado cartas a estas instituciones para poder precisar la fecha e idioma en que están escritos sus manuscritos o incunables, para compararlo con el nuestro, y no he recibido respuesta.

El códice de nuestra biblioteca estaba encuadernado en piel claroscuro y los pergaminos estaban cosidos con algún hilo de color verde pálido. Formaban tres cuadernos. El primero

⁵ V. Malkov, ejecutor de Kaplan, comandante del Kremlin en 1918, coronel de la KGB.

A mi señor no le gustan los rebeldes; a nadie le gustan los rebeldes.

—Así que estáis tratando de echarle el guante a esa escuadra—a puntó Domenec. Cote asintió—. Bien, os animo a proseguir. No tiene nada que ver conmigo.

El capitán le miró con su único ojo, evaluando su aspecto flaco y miserable.

—¿Qué sabes hacer, Domenec? ¿Cómo te ganas la vida?—No le dio tiempo a responder—. Yo te lo diré. Sólo sabes matar, igual que yo. Ven al torreón de Ealdhert. Con la mayoría de nuestros muchachos en el norte, nos vendrá bien una espada de más para cazar a esos perros.

—Debo seguir mi camino hasta Tres Alisos.

—Mi señor es justo. No creo que tenga inconveniente en proporcionarte una escolta hasta Ravna y unas buenas piezas de plata al acabar el trabajo.

El forastero sopesó la bolsa de monedas que pendía de su cinto. Estaba casi vacía.

El torreón de Ealdhert había visto tiempos mejores, y no eran muchos los soldados que guardaban sus almenas bajo el ondeante pendón verde. Pese a todo, la sala del señor era cálida y el sillón del noble era de madera cara y labrada ricamente en forma de las ramas de árbol que eran el símbolo de su casa. Æster Ealhert lo ocupaba como si hubiese nacido con las posaderas ya apoyadas en él, y la pequeña elevación en la que estaba situado el sillón hacía que pudiese mirar desde arriba incluso al más alto de los hom-

bres. Estaba ataviado con un jubón sencillo y, aunque llevaba varios anillos de oro, no parecía ceder más a la vanidad. Era un hombre de mediana edad, de fuerte barba castaña, y tenía un velado aire marcial que agradó al forastero. Siempre se había entendido mejor con los nobles que habían visto de cerca el campo de batalla, pues ellos habían visto para qué valían los hombres como él.

—Así que éste es el hombre que quieres que contrate, Cote—murmuró Ealdhert.

El capitán, que estaba de pie a la diestra de su señor, se rascó la cicatriz y asintió con la cabeza.

—Sí, mi señor.

Domenec aguantó el escrutinio del noble con las manos cogidas a la espalda. A la izquierda del señor, un hombre le miraba fijamente, moviendo la mandíbula como si estuviese murmurando algo para sí. Tenía el rostro anguloso y cetrino, y los ojos brillantes como si estuviese preso de la fiebre.

—¿Por qué, Cote? ¿Qué tiene él que no tengan los hombres de mi guardia?

—Experiencia, mi señor. Sangre en su acero. Casi todos los buenos muchachos están en el norte matando capas grises. Aunque aún me quedan algunos hombres a los que se les puede llamar así, la mayoría de los que visten vuestros colores aquí son muchachos más acostumbrados a arar que a matar.

Ealdhert entrecerró los ojos, mirando el cuerpo flaco del forastero, su rostro alargado y sus ojos pequeños y fríos.

hombres del rey —murmuró el líder—. ¿Por ventura no sabrás algo de ello?

—He visto los cadáveres, pero he pasado de largo. Sólo quiero llegar hasta Tres Alisos.

—Nadie elige esta ruta, forastero —murmuró el veterano—. Sólo los soldados de la corona, los desertores y los rebeldes. Y no veo que lleves los colores del rey.

—Me he perdido —dijo Domenec.

El veterano se volvió hacia su capitán y siseó: —Yo digo que ha sido él, Cote. Él es el culpable.

Domenec, que conocía la tendencia de la ley de buscar chivos expiatorios, comenzó a subir la mano hacia el pomo de su espada.

—No seas estúpido, Rewalt. Sólo es uno. Eso era la escena de una batalla.

—Además —dijo otro de los jinetes, un tipo joven—, mira a este pobre diablo. Apenas parece poder soportar el peso de esa espada que lleva.

El capitán hizo que su caballo avanzase dos pasos. Su mano descansaba sobre un hacha de guerra que colgaba de la silla de montar.

—Yo te conozco, forastero. Eres uno de los Hijos de Lir, ¿no es cierto?

—Puede —respondió el forastero, vigilando las armas aún envainadas de los jinetes.

—No creo que me recuerdes, pero nos encontramos hace tiempo. En la última guerra. —El capitán se quitó el yelmo. Una cicatriz le cruzaba el rostro, devorando el ojo izquierdo y bajando hasta la mandíbula—. Entonces llevabas una espada más pequeña, pero rápida. Todavía llevo el recuerdo de su hoja.

Domenec apretó los dientes. Sus dedos se cerraron en la empuñadura de su espada.

El capitán levantó una mano envuelta en cuero en un ademán conciliador.

—No será necesario, Domenec. Luchamos bajo estandartes diferentes hace mucho tiempo, ¿y qué? La vida es otra ahora. —El caracortada se bajó del caballo, con el yelmo bajo el brazo—. Me llamo Gilem Cote. Soy capitán de la guardia de Ealdhert.

El forastero soltó la empuñadura y bajó las manos hasta el cinturón. Cerca del cuchillo.

—¿Sigues con esa compañía? ¿Cómo se llamaba? —preguntó Cote.

—La compañía desapareció —respondió secamente el forastero.

Cote enlazó los pulgares en su cinturón y miró hacia atrás, donde esperaban sus jinetes, y después de nuevo hacia Domenec.

—Éstas son malas tierras. Las mesnadas del condestable y los capas grises del norte se acuchillan mutuamente, y después de cada batalla estas tierras están plagadas de desertores convertidos en criminales que han comprendido que un buen acero vale más que el oro —explicó el capitán—. Lord Ealdhert nos manda patrullar, y de vez en cuando encontramos a algunos y los colgamos o los pasamos por la espada, pero siempre hay más. En los últimos tiempos han atacado en varias ocasiones pequeñas comitivas de soldados del rey. También hemos encontrado a varios desertores colgados o destripados en el borde de los caminos. Quizá sea una escuadra de capas grises.

tenía restos de adornos dorados en su portada; el segundo aún conservaba bajos relieves de marfil y el tercero sólo la piel de vaca. Están escritos por ambas partes (escritura opistógrafa). Las miniaturas que los ilustran mostraban imágenes de terribles carnicerías y varias recetas maravillosas que ayudaban contra el mal de ojo, los dolores en los embarazos y la creación de filtros para amarrar amorosamente a mujeres y hombres e invocaciones a demonios. Afortunadamente pude copiar pocas la única vez que lo pude consultar, antes de su evidente robo. Estas fórmulas má-

gicas me las ha traducido al castellano un esclavista amigo mío, políglota.

He hallado similitudes en las invocaciones con los cantos del texto egipcio Libro de la Salida al Día, conocido comúnmente como Libro de los Muertos. Soy agnóstico, pero tengo sumo interés científico en estas rimas.

Me he decidido. Hoy probaré invocar a un demonio menor; uno de los efrits, como se los denominaba en las religiones preislámicas. Será interesante ver mi fracaso.

© VÍCTOR HUGO P. GALLO, 2014.

VÍCTOR HUGO PÉREZ GALLO
(Cuba —Nuevitás, 1979—)

Doctor en Ciencias Sociológicas, narrador y ensayista. Premio de Cuento Escalera de Papel, Santiago, 2000. Mención Premio Cuento Erótico, Camagüey, 2000. Premio NEXUS de cuento fantástico, La Habana, 2003. Premio de Cuento Corto miNatura, La Habana, 2003. Mención Premio Celestino de Cuento, Holguín, 2003. Tercer Premio de Cuento Tristán de Jesús Medina, Bayamo, 2006. Beca de Creación Sigfredo Álvarez Conesa, La Habana, 2007. Premio de Cuento de Ciencia Ficción Oscar Hurtado, La Habana, 2010.

Ha sido publicado en la antología de cuento erótico *Nadie va a mentir* (Acána, 2001), en la antología de cuento fantástico *Sendero del Futuro* (Sed de Belleza, 2005), las antologías de narradores *Todo un cortejo caprichoso* (La Luz, 2011), *No hay que llorar* (Ediciones Centro Pablo, 2012), *Mambises del siglo XXI* (Editorial Abril, 2012), *Raíles de punta* (Sed de Belleza, 2013), *Hijos de Korad* (Gente Nueva 2014) y en diversas publicaciones electrónicas internacionales y en revistas literarias cubanas.

Premio Mejor Autor Novel. Santiago de Cuba 2012. Premio de Novela Fantástica Hydra, La Habana, 2013. Premio UNEAC Eduardo Kovalinko de Cuento, La Habana, 2014. Premio Abril de literatura para jóvenes, La Habana, 2015. Tiene publicado el libro de cuentos *La eternidad y el peligro de morir* (La Luz, 2011) y la novela ucrónica *Los endemoniados de Yaguaramas* (Abril, 2014). Formó parte del segundo curso del Centro Nacional de narradores Onelio Jorge Cardoso.

Dirige un taller literario con adolescentes que viven en las montañas, en la comunidad de Farallones, y otro en la universidad de Moa. Forma parte de la Asociación Hermanos Saíz (AHS). Miembro de la Red Mundial de Escritores en Lengua Española.

RUIDO

HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO

El tubo hizo el típico ruido de gorgoteo y Granados se quedó respirando vacío. Hizo fuerza, chupando, como si sus pulmones pudieran sacarle algo más al tubo, pero no demasiada. Cualquier esfuerzo inútil se volvía contraproducente si consumía oxígeno.

Con un gesto de resignación lo desconectó de su mascarilla y lo dejó a un costado. Velázquez lo miró, preguntando con los ojos. Se habían comprometido a no hablar de más, pero el misionero no pudo reprimirse.

—¿Ya está? ¿Se acabó?

Granados dijo que sí con la cabeza.

—Bueno, nos turnamos con éste...

Como los dos tenían la mascarilla estándar, el traspaso iba a ser rápido. Casi tan rápido como el final de ese tubo. El último que tenían. Velázquez inspiró profundo y se lo pasó. Luego se asomó al hueco de la pared. Granados lo imitó, sosteniendo el tubo.

Estaban en las ruinas de una vieja casona. Algunas de sus paredes gruesas habían sobrevivido a los constantes bombardeos mejor que el resto de construcciones de la ciudad destruida. A través del agujero en la pared, se veía el descampado que había más allá, cubierto de montones de escombros, como dunas de un grotesco desierto inmóvil. El aire se movía por encima de las ruinas, como si tuviera vida propia; una neblina color cian que se arrastraba despacio, con hilachas violeta que se desprendían y reptaban entre las piedras más grandes, como si necesitaran rodearlas y asegurarse de que debajo no había algún humano, escondido como cucaracha. Como ellos dos.

Algunos habían dicho que ese aire era inteligente, que tenía vida propia; Velázquez lo creía. Granados lo dudaba. Lo único cierto era que había resultado ser tan mortal y au-

había un carro vacío, con el tiro roto y una rueda fuera de su eje. No costaba imaginarse lo que había sucedido. Un tronco caído cortaba el camino y había provocado que la comitiva se detuviese. Después, los asaltantes habían salido de detrás del montículo sembrado de árboles que limitaba el camino por su margen derecho, cayendo sobre los soldados. Quizá el carro transportaba suministros, o tal vez armas; en todo caso, había sido saqueado.

Un sonido húmedo llamó su atención. Una de las víctimas, sentada en el suelo y con la espalda apoyada en la rueda del carro, se agitó. Sus rasgos quedaban ocultos por el barro y la sangre y de sus labios brotaba de cuando en cuando un montón de burbujas sanguinolentas. El forastero se agachó junto a él, llevándose la mano a la parte de atrás de la cintura, donde tenía envainado un cuchillo de hoja curva. No era de los que corrían riesgos.

—Ayúdame —susurró el moribundo con los ojos brillantes de fiebre y muerte.

El asta rota de una flecha le sobresalía del muslo, y tenía el uniforme oscuro y mojado de la sangre procedente de una fea herida de espada que le cruzaba el vientre en diagonal. Estaba más allá de cualquier esperanza.

—No puedo —masculló el forastero, haciendo ademán de levantarse.

La mano del hombre agonizante le aferró la muñeca como una tenaza y lo detuvo.

—Por favor —suplicó, temblando—. Ten piedad.

El forastero lo miró a los ojos y vio en ellos la agonía y el terror de quien ve de cerca el filo de la Segadora.

—Está bien —accedió.

Le cortó la garganta y le sujetó la cabeza mientras el cuerpo temblaba, hasta que la sangre dejó de manar. La mirada del cadáver se alzaba hacia el cielo; el forastero ya no pudo ver en ella más que su propio reflejo.

—Vamos —le dijo a *Rodaballa*, tirando de las riendas de la renuente mula y siguiendo su camino.

Al cabo de un rato escuchó un tronar de cascos. Cuatro jinetes aparecieron detrás de él, con su galope acompañado de la acostumbrada nube de polvo. Domenec se apartó del centro del camino, situándose en uno de los márgenes. Los caballos se detuvieron piafando a una docena de pasos de distancia.

—Salud —murmuró el forastero.

—¿Qué haces en las tierras de Æster Ealdhert? —exigió saber uno de ellos, un hombre fornido con el rostro oculto por un yelmo.

—Sólo soy un forastero de paso. Me dirijo a Tres Alisos, cerca del Espinazo, más allá de Ravna.

—Tus pasos te han llevado demasiado al norte, ¿no crees, forastero?

—Está mintiendo, Cote. Míralo, es un mercenario. O un desertor —si seó otro de los jinetes, un veterano que sin duda había visto más guerras de las debidas.

Los soldados se abrieron para rodear a Domenec, mirándolo desde la altura que les proporcionaban sus monturas. El forastero no retrocedió.

—En un tramo anterior del camino alguien ha asesinado a varios

SÓLO EL ACERO

MIGUEL HUERTAS

El forastero se había topado con la escena de la carnicería cuando pateaba las rocas del camino en su viaje hasta Tres Alisos. Llevaba todo el día siguiendo las indicaciones que le había brindado un calderero y comenzaba a darse cuenta de que, o bien se había extraviado, o bien dichas instrucciones dejaban mucho que desear. No conocía esas tierras, y le fastidiaba esperar hasta la noche para guiarse por las estrellas. Además, temía estar desviándose demasiado hacia el norte, donde el choque de las mesnadas del condestable y de los rebeldes había dado paso a continuas escaramuzas que salpicaban la tierra de sangre.

Para colmo, los días eran cada vez más fríos, la capa con la que se cubría era fina y vieja y el justillo de cuero con discos de hierro negro paraba mejor las cuchilladas del acero que las del clima. No le había gustado

la manera en que lo habían mirado los alguaciles del último pueblo por el que había pasado, y desde entonces había preferido mantenerse apartado de las aldeas que salpicaban el camino del norte. Las noches eran frías, pero no tanto como la muerte. Al menos, eso se decía el forastero.

—Estamos perdidos —le dijo a su mula.

Rodaballa le lanzó una mirada suspicaz desde su feo rostro equino.

—Sí, otra vez.

Tiró de las riendas de la mula, que por una cuestión de principios se había negado a seguir avanzando, y en un recodo del camino se encontró con la masacre. Los cuerpos yacían diseminados a lo largo del camino y por el terraplén que caía a la izquierda de él. Todos los caídos vestían los colores del rey y la mayoría tenía flechas sobresaliendo de sus cuerpos. En el centro de la escena

tónimo como las máquinas que recorrían la superficie del planeta, parecidos a gigantescos tractores a la espera de su cosecha de muerte.

Costaba creer que eso fuera la Tierra. Era más fácil dudarlo.

Si alguna vez lo había sido, ya no lo era. El GPS decía que estaban en el centro de Rosario, pero se equivocaba. Ya no existía Rosario. Ni Buenos Aires. Ni San Pablo, ni Nueva York, ni Tokio; una interminable serie de nis. Algo —una especie extraterrestre que jamás habían visto; por ahora sólo habían enviado sus obreros y sus topadoras— los había invadido y procedido a preparar el planeta para su llegada. A apropiárselo. Ya no era más suyo. Ni de Granados ni de Velázquez ni de nadie. Ellos eran extranjeros allí. Y tenían que irse de una vez.

Los civiles estaban ya fuera de la órbita terrestre. Y, de los soldados, los que no habían muerto hacía rato que se habían marchado, dejándolos.

—No podemos seguir así. ¿Se acaba este tubo y qué? —dijo, la frase más larga desde hacía dos o tres horas.

Velázquez lo miró un par de segundos. Y asintió.

—¿Qué hacemos? —preguntó, mientras respiraba una bocanada.

—Buscar la retaguardia —dijo Granados en voz baja; hablar enraecía en aire dentro de la mascarilla—. Hubo una tercera oleada... Alguien debe de haber quedado atrás...

—¿Además de nosotros?

Velázquez respiró hondo, le devolvió el tubo y consultó su GPS.

—A un kilómetro hacia allá —señaló una montaña de escombros igual

a las demás— hay un viejo puesto de avanzada.

Granados omitió decirle que el “hay” en presente era demasiado optimista.

—OK. Probemos ahí —dijo.

Velázquez asintió. Setearon sus trajes *spider* en modo *stealth* y salieron de su escondite.

Los trajes no sólo camuflaban el espectro visible. Hasta donde sabían —por los resultados nefastos de los combates durante los primeros días de invasión—, las máquinas podían captar también imágenes infrarrojas. Los trajes habían sido modificados. El resultado de los combates no.

Quizá por eso, mientras avanzaban entre los escombros, alejándose del refugio improvisado, los dos soldados se arrastraban contra el piso, como rémoras pegándose al vientre del tiburón, buscando ampararse en la misma neblina que los invadía. La casona quedaba en una pequeña elevación, así que ahora bajaban hacia la llanura. Como eran completamente invisibles, incluso para ellos mismos, avanzaban uno delante del otro, y el que venía detrás siempre tanteaba para tener el pie del otro a mano y seguirlo.

Cada tanto tenían que intercambiar el tubo. Al desconectarlo del traje se volvía visible, por eso intentaban estirar el traspaso lo más posible y luego lo hacían muy lentamente, casi al ras del piso, buscando que, si el tubo era detectado, pasara por un escombros o un desperdicio. Después retomaban la marcha y el que llevaba el tubo iba detrás. Cuando el de ade-

lante necesitaba aire, simplemente detenía la marcha.

En una ocasión, Granados se distrajo mentalmente, desvariando con la idea de que moriría gateando como un bebé, y de pronto el pie de Velázquez ya no estaba delante. Tanteó a un lado y a otro, desesperado, como un ciego en la oscuridad, a pesar de que la resolana lo deslumbraba al atravesar la neblina. Consideró seriamente desconectar el camuflaje pero Velázquez se anticipó, chistando, llamándolo en voz baja. Lo encontró enseguida. Cuando no estaban cerca de una de las máquinas, cualquier sonido era atronador en aquel silencio de cementerio.

El paso constante de las topadoras —como Velázquez las llamaba, aunque para Granados fueran gigantes ciudades rodantes— había abierto senderos entre los escombros; caminos destinados sólo a su propia marcha. Lo más sano, claro, era evitar esos senderos, porque ésa era la mejor manera de evitar las topadoras, lentas pero mortales.

Eso hicieron, hasta que, cuatro horas después, dos de los senderos confluyeron en un cruce. Se sentaron detrás de un bloque de hormigón del que asomaban los hierros como costillas expuestas. Velázquez, que llevaba el tubo en ese momento, se lo pasó a Granados, que lo enchufó rápido a su mascarilla llena de aire enrarecido. La marcha había acelerado el consumo y el tubo estaba cada vez más liviano. No iba a durar más allá de esa noche.

Velázquez espiaba la encrucijada por encima del bloque. Un grupo de

topadoras se alejaba por el camino, en el que confluían los otros dos. Ya estaban a más de un kilómetro, pero el tronido de tracción podía oírse desde allí. Volvió a sentarse y miró a su compañero.

Con los dedos de la mano derecha hizo montoncito. *¿Y ahora qué carajo hacemos?*, le estaba preguntando.

Granados hizo hombritos. *Yo qué sé*. Cerró la válvula del tubo, para ahorrar. Y se asomó para ver cuánto trecho les faltaba.

El sendero en el que confluían los otros era el doble de ancho y corría en línea recta hasta donde la vista permitía ver. Los bordes del camino parecían barricadas reforzadas por los escombros que las topadoras habían empujado a los lados al transitar. Lo que los cubría en ese instante era parte de ese muro casual.

Según el GPS, para llegar al viejo refugio todavía faltaba recorrer medio kilómetro. Tenían que cruzar uno de los brazos de aquella ruta, y eso significaba trepar la barricada dos veces, exponiéndose como ratas fuera de la alcantarilla.

—No hay otra manera —dijo Velázquez en voz alta, acuclillado a su lado. Las topadoras ya estaban lejos y su voz sonó más fuerte de lo recomendado.

Una cabeza surgió delante y Granados gritó del susto mientras los dos caían hacia atrás, alejándose de la aparición. La distancia les dejó ver bien: era un soldado, otro como ellos. La máscara no dejaba ver los ojos, pero el pelo oscuro que asomaba por encima estaba lleno del polvillo

miera otra copia para el día siguiente. Miró fijamente el vaso que reposaba sobre el escritorio. Nada arruinaría aquellos últimos instantes, pensó,

mientras intentaba a duras penas desenroscar la botella de *whisky*.

© JACK H. VAUGHANF, 2015.



JACK H. VAUGHANF
(Argentina —Buenos Aires, 1993—)

Estudiante de Psicología en la Universidad de Buenos Aires, colaboró en las revistas **Axxón** y **Próxima**.

cerca de lograrlo; no obstante, no contaba con el tiempo suficiente como para perfeccionar su trabajo anterior. Anotó con rapidez todo lo que había aprendido y el siguiente paso a seguir para crear una fórmula que fuese más efectiva. Debajo de los cálculos dejó una pregunta técnica: “¿Cuánto del cuerpo debería de ser un implante electrónico para resistir durante más tiempo el corrosivo ambiente en el que estaba?”. Luego abrió un inciso y en una nota aparte hizo el bosquejo de una pregunta de otra clase: “¿Cuánto de electrónico podrá ser el límite de un sistema biológico, antes de que se olvide de su naturaleza?”. Un miedo se esparcía en su interior; lo que más temía era que resolver la fórmula dejara de ser importante. Pero, ¿de qué modo podía asegurarse? Cuando alzó la vista se encontró con que el whisky que se había servido se había evaporado completamente.

Guardó las notas y abrió el archivo donde residían los datos de su material genético y la cuantificación aproximada de sus recuerdos. Presionó *Imprimir*.

Finalmente guardó el archivo en el disco; allí estaban todas sus notas detalladas exhaustivamente para que el siguiente que viniera pudiese entenderlas. En la bioimpresora comenzó nuevamente el largo proceso de construcción: célula por célula, capas de tejidos agrupándose en un entorno acuoso, formando los músculos y solidificando las amalgamas óseas, todo según un modelo basado en su ADN. A la par, en un compartimiento contiguo comenzaron a fabricarse las placas de su memoria y

las cámaras de los ojos; aquellas partes electrónicas que tardaban menos tiempo, pero que requerían un proceso adicional de implante y asimilación en su corteza cerebral.

Nunca llegaba a verse salir de la impresora, pues el proceso tardaba un día completo, y pasado unos minutos de haberse iniciado su visión se nublaba, su sistema nervioso colapsaba y, finalmente, se desvanecía.

Cuando salió de la bioimpresora, lo primero que alcanzó a ver fue la figura incolora tirada en el suelo del laboratorio, a la que enseguida reconoció como una copia de sí mismo. Tomó una de las toallas y se envolvió para secarse. Se arrimó a las pantallas de la computadora y éstas le revelaron los pasos que debía seguir junto con la naturaleza de su tarea.

Siguió el primer paso indicado, que consistía en llevar el cuerpo de su copia a la cámara de reciclaje, que se ocuparía de rellenar los cartuchos de la impresora con material biológico. Luego se enfrentó a las pantallas y empezó a revistar los cálculos de la fórmula anterior, pero un repentino sentimiento de desazón le sobrevino de inmediato. Por más que se esforzara, poco de lo que se detallaba allí le resultaba fácil de entender. El malestar comenzaba a apoderarse de su cuerpo, el ahogo empezó a desesperarlo; contempló los alrededores del laboratorio esperando que todo aquello no fuese más que una pesadilla.

Le tomó un momento recobrar la calma. Abrió el archivo de su material genético y ordenó que se impri-

blanco de los escombros y de pegotes de sangre oscura, al parecer ajena. La muerte había golpeado cerca sin tocarlo.

El hombre levantó la mano, saludando en silencio.

Ahorrrando oxígeno.

Entre monosílabos y señas, se enteraron de que se llamaba Bartiotto; había sido parte de la tercera contraofensiva, la siguiente a la de Velázquez y Granados, que había sido despedazada dos días antes. Él era el único que quedaba. Hasta donde sabía, ellos tres eran los únicos seres humanos en la Tierra. El resto ya orbitaba Marte y se disponía a marcharse a las colonias más lejanas. La idea era poner la mayor cantidad de parsecs entre ellos y la Tierra. El viejo puesto de avanzada que buscaban ya no existía. Había quedado sepultado bajo toneladas de piedra, tierra y metal.

—¿No van a volver? —preguntó Velázquez, y el tono de incredulidad infantil casi le dio pena a Granados.

Bartiotto se rió; un desperdicio de aire.

—¿Volver? Aunque supieran que estamos aquí... ¿arriesgarían una nave con diez mil soldados para rescatar a tres...?

—¿Y qué hacías acá? —preguntó Granados, que no creía en tanto escepticismo.

Bartiotto levantó los hombros varias veces; quizá buscaba una respuesta que ni él mismo tenía.

—Las topadoras se reagrupan, no sé por qué. Parece una ofensiva; no sé a quién piensan atacar... Pero yo no tengo nada que hacer. Ya me cansé de esperar a que se me acabe el

oxígeno. Pensaba hacer una buena fogata. No sé... quizá los de arriba la vean tentadora y se arrimen al fuego... —Bartiotto sonrió, mostrando los dientes que le quedaban de una manera espeluznante, y Granados supo que la muerte quizá no lo había tocado, pero que se había cobrado su precio.

La idea de tres infantes atacando una topadora sin apoyo aéreo era casi ridícula. Pero, aunque no funcionara, era algo que hacer. Algo para no pensar. Algo para reactivar los circuitos mentales de soldado; esa automatización que les evitaba pensar demasiado. Una buena dosis de adrenalina para capear la depresión.

Los tres se ocultaron en la hondonada en la que había estado Bartiotto, justo antes de la encrucijada de senderos. El tipo tenía un tanque extra y algunas granadas implosivas, que repartió. El plan —si es que podían decirle así— era esperar a que al menos dos topadoras confluyeran en el cruce. En ese instante, dos de ellos —los dos que tenían oxígeno— saldrían del hoyo en modo *stealth* para acercarse; el otro se quedaría en el hoyo cruzando los dedos y respirando despacio. Podían usar una de las granadas para destrozar las orugas de impulso de la de adelante. Luego, estando inmóvil, era cuestión de meterle otra en un hueco vulnerable y correr. Si la segunda topadora se acercaba lo suficiente, podían armar una linda fiesta.

Pasaron casi tres horas. Granados y Velázquez se pasaban cada cuarto de hora el tubo que les había prestado Bartiotto. Ni siquiera se mo-

lestaban en conectarlo al traje; el agujero era una buena trinchera. En condiciones normales, hubiera sido tiempo para charlar entre ellos, para conocerse más, antes de lo que venía; antes del final anunciado. Pero el aire se acababa. El mayor miedo ya no era morir, sino que nadie se enterara. Terminar asfixiados en un agujero en medio de los escombros, sin haber gastado *los últimos cartuchos*. Sin haber dejado, como decían, una huella en el mundo, aunque sólo fuera el cráter de una explosión. Al final de la espera, Granados estaba dispuesto a atacar la primera cosa que apareciera por el camino, aunque fuera un simple dron volador.

Fue lo que habían esperado. No dos, sino tres topadoras. Dos venían por el camino de la derecha y una por el de la izquierda, y era evidente que tendrían que ralentar la marcha para intercarse y seguir las tres en fila.

Velázquez fue el único en putear. Como él tenía el tubo prestado en el momento de avistarlas, le tocaba quedarse esperando en el hoyo mientras Granados y Bartiotto atacaban.

Cuando las topadoras estuvieron a doscientos metros del cruce, se prepararon. Velázquez le pasó a Granados el tubo, que lo conectó a la máscara y, ahora sí, lo adosó al traje. Le hizo a Bartiotto la seña de OK, juntando pulgar e índice, y ambos conectaron el modo *stealth*. Cuando las topadoras estuvieron a cien metros, Bartiotto salió corriendo. Granados iba a seguirlo, pero algo lo retuvo.

La mano de Velázquez agarraba el aire, inmovilizándolo. Granados sentía sus dedos en la pierna y se

preguntó si se había vuelto loco, si tan desesperado estaría para entrar en acción que no iba a conformarse con quedarse y dejarlo ir. Pero el soldado le hacía señas, desesperado. Señalaba el tubo. Lo señalaba porque tanto él como Granados podían verlo.

El tubo de oxígeno. El camuflaje no lo incorporaba al modo invisible, quizá porque había algo distinto en ese modelo. Si Velázquez no lo hubiera retenido, las topadoras hubieran detectado el tubo en movimiento. Razonar —si es que esas máquinas lo hacían— que delante del tubo había un soldado al cual disparar no hubiera sido muy difícil.

Granados miró adelante. Ajeno a todo, Bartiotto ya debía estar acercándose a las máquinas. No podía quedarse ahí. Arrancó el tubo y se lo dejó a Velázquez. Usaría el oxígeno de la mascarilla. Tenía que alcanzar. Quiso pararse pero Velázquez lo retuvo todavía, y negó con la cabeza. Dejó el tubo al costado, señaló las granadas implosivas adheridas a su traje y con señas le dijo que iban juntos.

No había tiempo para discutir. Y era justo, así que le dijo OK con los dedos y señaló qué topadora le tocaba a cada uno. Velázquez conectó su propio modo *stealth* y se volvió invisible. Granados sintió una palmada en la espalda y los pasos del otro sobre la piedra. Lo siguió.

Mientras corría, sólo escuchaba su propia respiración agitada dentro de la mascarilla. Pronto ni siquiera eso, tanto era el ruido de las topadoras al acercarse. En ese momento, las tres estaban ya juntas, intercándose para seguir por el camino

pensó, lo usaría para festejar su triunfo.

Con el pasar de los minutos el sentimiento de ahogo se volvía cada vez más pronunciado. No sólo le costaba respirar, sino que ahora una especie de flema se había apoderado de su garganta, produciéndole intervalos de tos cada vez más continuos. La piel había comenzado a ablandarse sobre la carne, aunque los ojos ya no le ardían como la vez anterior, pues ahora traía unos biónicos rudimentarios que soportaban casi cualquier clase de desgaste. Mientras se limpiaba un hilo de baba que por momentos le salía de la boca, se preguntaba si todavía le quedaba tiempo suficiente para cumplir con el propósito encomendado.

Varios minutos pasaron en los que se mantuvo con la mirada concentrada en las pantallas, encadenando las series de la matriz. Con movimientos veloces de sus manos, traía las constelaciones de código de un lado para unir las con las contiguas. De este modo, las funciones se adosaban unas a otras y creaban *corpus* de código coherente. Nuevamente creía tener la respuesta a las preguntas que había dejado la versión anterior. Si la fórmula que ahora estaba construyendo era la correcta, sería capaz de inmunizarlo de aquella toxicidad y podría tener el tiempo suficiente para extender la inmunidad a todo el ecosistema. La vida se reanimaría; el mundo al fin sería salvado.

Se quedó un momento frente al resultado de su labor; unas pilas de lenguaje brillaban en las pantallas

de la computadora. Cuando estuvo seguro de que la sintaxis era correcta, compiló el código cromosómico y presionó el botón *Imprimir*. Miró hacia el inmenso mueble que ocupaba el ancho de la pared en el otro extremo de la habitación, en donde una luz platinada iluminó su interior desde la base hasta su cúspide, mientras un vibrante zumbido señalaba que había comenzado a trabajar. Tras unos instantes, la actividad se desvaneció, dejando lugar a un profundo silencio.

Se puso de pie y abrió la puerta de la bioimpresora. Contempló la pequeña ampolla repleta de un líquido purpúreo que reposaba en la bandeja de salida. La tomó con una mano y se apresuró a llenar una jeringa con su contenido. Extendió uno de sus brazos y sintió un entumecimiento al momento de introducir la aguja en la vena. Casi al instante le sobrevino una arritmia cardíaca y un hormigueo le erizó la piel. Se llevó ambas manos al pecho, sintió cómo el ardor proseguía y esta vez era más intenso que antes. Tuvo suficiente oxígeno en el cerebro como para cerciorarse de que había fallado de nuevo.

Se dejó caer en el asiento. Contempló las pantallas de la computadora con una sensación profunda que identificó como frustración. Sus órganos internos estaban desgastándose como arena barrida por el viento, pero un instinto latente exaltaba su existencia. Reconoció que, a pesar de todo, todavía se encontraba presente y con la energía vital que brindaba la voluntad de diseñar al fin la fórmula correcta. Y sabía que estaba

IMPRESO

JACK H. VAUGHANF

Pese a la desgracia en la que se encontraba, pensó que no dejaba de ser una fortuna que supiese la razón de su existencia; porque, quizá, una de las mayores bendiciones que podía tener un ser humano cuya vida estaba condenada a una muerte inminente era conocer su propósito y contar con el tiempo suficiente para cumplirlo.

Los primeros síntomas de ahogo aparecieron mientras revisaba las notas de la fórmula fabricada el día anterior. Sentía frío. Una toalla era su única prenda y no tenía tiempo siquiera para secarse los residuos de hidrogel que tenía impregnados en los brazos. En determinado momento su mirada paseó por los rincones del desordenado laboratorio y se topó con la botella de *whisky* que reposaba sobre el escritorio. Alcanzó a servirse un poco en el sucio vaso que encontró al borde

de la mesa y se sentó esperando con ello recuperar algo de su calor corporal. Al beber el primer trago, un picor ardiente le escoció la boca como un centenar de agujas. Se detuvo y miró el líquido con recelo. Su memoria tenía los recuerdos de noches enteras repletas de bebidas alcohólicas, pero su nueva garganta no lo creía así; la sensibilidad de su paladar le respondió con un acervo que le quitó las ganas de seguir bebiendo. Devolvió el vaso al escritorio y se quedó unos instantes viendo cómo el *whisky* burbujeaba por cada segundo que estaba en contacto con el ambiente infectado. Se le ocurrió que algo similar debía estar sucediendo dentro de sus vísceras. Relamió sus labios captando un dejo de sabor amargo y luego cerró la botella con fuerza, para asegurar que su contenido pudiera ser bebido más tarde, y si tenía éxito,

principal. Bartiotto ya debía estar cerca de la primera y Velázquez camino a la del medio. Granados corrió hacia la última de la fila.

Cuando estaba a unos veinte metros de los monstruosos engranajes de la oruga, el suelo pareció salir a su encuentro y cayó de cabeza. El mareo era fuerte, como el de una resaca amnésica. El aire dentro de la mascarilla tenía ya muy poco oxígeno. Granados se sentó en el piso como pudo, puteando por un plan tan pelotudo. Y una muerte más pelotuda todavía. Imaginó que Velázquez tampoco debía estar pasándola bien.

Como si el pensamiento hubiera sido un conjuro mágico mental, su compañero apareció una veintena de metros más adelante, en el preciso instante en que caía debajo de la topadora del medio y la oruga le pasaba por encima. El cuerpo quedó ahí tirado, completamente visible.

Las topadoras frenaron de inmediato. Un par de compuertas se abrieron en los costados y algunos drones volaron hasta el lugar, revoloteando alrededor de Velázquez.

Granados quiso pararse y las piernas se le doblaron, sin seguir del todo las articulaciones. Un dolor lejano recorrió la pierna derecha, que debía pertenecer a algún otro tipo.

Delante, un resplandor llamó su atención. Logró enfocar los dos ojos

en el mismo punto y vio otro disparo de láser que pegaba cerca de donde estaba Velázquez.

Bartiotto. Estaba disparándole al cadáver. ¿Para qué? ¿Tan enojado estaba por arruinarle el plan?

No. Quería detonar las granadas.

Un nuevo destello seguido por una implosión le dio la razón y lo sacudió, tirándolo de nuevo al piso.

Acostado boca arriba, Granados sonrió, dándose cuenta por primera vez de lo conveniente de su apellido en ese momento, y contempló la sucesión de explosiones que trepaban por la topadora del medio, ganando en altura.

Ahí estaba. El faro. La señal.

Algunas lenguas amarillas lamieron a las otras dos topadoras, como una planta trepadora voraz, y de pronto la sucesión de explosiones se redobló; el viento caliente parecía derretir la mascarilla de Granados.

Imposible que no la vieran. Los que se encontraban en órbita iban a saber que estaban ahí.

¿Iban a venir? Velázquez había dicho que sí. Granados lo dudaba.

¡Pero qué mierda! Si no servía para hacerlos venir, que sirviera de despedida. La humanidad no podía dejar su casa sin hacer un poco de ruido.

© HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO, 2014.

HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO
(Argentina —Buenos Aires, 1969—)

Autor de *Si algo está muerto, no puede morir* (Bs. As., textosintrusos, 2015), ésta es su sexta colaboración en **NM**. Con "La araña tiene patas cortas" (# 4) logró el 2º accésit en cuento del I Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (2008).

¿TANTA COMO PARA MATARTE?

Yael Akim Ronzón Morell

Estiras tu cuerpo a conciencia, con la esperanza de ahuyentar la ansiedad y así poder conciliar el sueño antes de que...

La alarma suena.

A tus pesares se añade un tinte de mal humor, ya que odias perder ese minuto o dos de sueño. Notas que respiras con dificultad, pero antes de que la sensación de pánico se apodere de ti, te incorporas y tomas el frasco de pastillas del buró. Tu mano tiembla, lo que dificulta realizar aquel ritual matutino. Diecinueve, veintidós; son veinticuatro. Tomas una, veintitrés pastillas. Aferras ese número a tu mente con una obsesión casi paranoica, mientras te pones de pie para continuar con el resto de la rutina: bañarte, cepillarte los dientes, y demás tareas que realizas tan monótonamente que apenas te das cuenta de que ya estás sentado en la mesa, desayunando. Engulles tres platos

de cereal y, por alguna extraña razón, la ansiedad que sentiste al despertar aumenta. Haces una pausa antes de dar la última cucharada y respiras profundo. Para calmar aquella incomodidad te bebes de golpe la leche del plato, apuras el resto del cereal de golpe y, pese a que la sensación de saciedad no ha llegado, te dices que tres platos de cereal son muchos y apartas la caja para evitar servirte de nuevo.

Aún tienes la mente embotada cuando llegas a la parada del camión; pese a todo, te mueves con un nerviosismo obsesivo, desplazando tu peso de un pie a otro. Intentas solucionar el problema minimizándolo. ¿Cuántas veces ha figurado la palabra “ansiedad” en tu mente desde que despertaste? Te dedicas una sonrisa conciliadora en el reflejo de un auto que pasa, mientras te dices a ti mismo “no pueden ser tantas”.

estaba en ruinas y las universidades recién empezaban a reconstruirse. Casi no teníamos reemplazos.

—¿Entonces?

—Entonces se creó el biochip.

—¿Qué es un biochip?

—La mente de una persona transferida a una memoria sintética digital; eso es. Se implanta en un nuevo cuerpo; lo más joven posible, claro. En una de mis transferencias llegué a ocupar el cuerpo de una niña de doce años. Volví a cursar la secundaria para estar cerca de mi nieto y conocerlo mejor. Tuve que abandonar a mitad del último año; el chico se había enamorado de mí.

“Cincuenta años después, asistí a su funeral. Ahí conocí a mi bisnieta, Alexandra. Y supe que él jamás me había olvidado.

Los bomberos y los paramédicos llegaron corriendo por la vía contraria. Uno de los bomberos se metió debajo del tren.

—¡Está enganchada en el bogie!

—¿Te paso la motosierra?

—¡No hace falta, ya está!

Uno de ellos sacó el torso destrozado de la chica.

El compañero lo metió en una bolsa.

Otro de los bomberos traía, en una mano, parte de una pierna y la cabeza, con el cráneo roto, en la otra.

—Una mujer de raza negra —dijo.

Volteé hacia Alexandra y sólo encontré mi campera sobre el cajón del tercer riel.

Volví a mirar la cabeza.

—¿La conocía? —me preguntó el bombero antes de meter la cabeza en la bolsa.

—No. Jamás la vi en mi vida.

El bombero cerró la bolsa.

Me puse la campera y metí las manos en los bolsillos. Toqué algo duro: el biochip. Lo apreté y miré al cielo.

© HUGO RAMOS GAMBIER, 2014.

HUGO A. RAMOS GAMBIER
(Argentina —Pellegrini, Buenos Aires, 1962—)

Vive en Merlo (BA). Sus autores favoritos son EDGAR ALLAN POE, ANTÓN CHÉJOV, GUY DE MAUPASSANT, RAY BRADBURY, GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, JULIO CORTÁZAR, ISABEL ALLENDE, HORACIO QUIROGA, PHILIP K. DICK, ARTHUR C. CLARKE y ROALD DAHL, entre otros. En 2012 publicó su primer cuento en la antología *Cuentos lejanos* y también participó en un especial de la editorial española Alfa Eridiani.

En *NM* 34 publicó “Tren bala”.

“Pero...”, pensé. “¡Acaba de salir de abajo de un tren!”.

—Vení, sentate acá. —Le señalé el cajón de madera que cubre el tercer riel—. Ya cortaron la tensión eléctrica.

La cubrí con mi campera.

—Gracias. Sos muy amable.

No tenía un solo rasguño. Ni un corte; ningún moretón. Nada. Ni siquiera estaba sucia de grasa o llena de polvo. Tenía el cabello rubio y reluciente; todo en ella hacía pensar que recién salía de su casa.

¡Era un milagro!

—Acabás de darme el susto de mi vida —dije—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque no quería vivir más.

—¿Por qué?

—Porque me cansé. Soy horrible; un monstruo.

—Pero si sos muy bonita.

—Ese cuerpo no era mi cuerpo —dijo ella mirando hacia los durmientes.

—¿Tu cuerpo?

Eché un vistazo a la vía, ahí donde debía estar... No había nada.

—Como tampoco lo era el anterior —continuó diciendo—. Ni el anterior a ése, ni los demás anteriores.

Me quedé perplejo. Algo había escuchado por ahí, pero siempre creí que era sólo un mito; una leyenda urbana que circulaba desde hacía par de siglos atrás, después de la gran guerra.

—¿Entonces es verdad? —dije—. ¿Ustedes *realmente* existen?

—¿Querés saber si soy una transferida? Lo soy.

—¿Cuántas veces te transfirieron?

—Muchas. Pero ésta te juro que fue la última.

—Tuviste la suerte de ser una elegida. Yo estaría feliz.

—¿Feliz? ¿Vos decís feliz de levantarte por la mañana y ver en el espejo del baño, cuando te estás cepillando los dientes, a otra persona?

¿De ver cómo tus parientes y amigos se van muriendo, generación tras generación? No, mi amigo, no creo que vayas a ser feliz; de ninguna manera.

Me quedé en silencio.

Una de las personas detrás del alambrado me preguntó si estaba bien. Le contesté que sí.

—También la chica está bien —dije.

El tipo me miró raro y se fue.

—Un morbosito —le dije a ella—.

¿Cómo te llamás?

—Alexandra.

—Y decime, Alexandra, ¿cuál es tu historia?

Cerró los ojos como buscando en algún rincón de su memoria.

—Cuando terminó la guerra yo recién había cumplido treinta y seis. Era directora en el Centro de Estudio e Investigación de Biotecnología de Buenos Aires. El Consejo de Reconstrucción Mundial me seleccionó para formar parte del proyecto. Y una fría noche de agosto fui prácticamente secuestrada de mi hogar. Exactamente esta noche, hace doscientos sesenta y dos años. Lo último que alcancé a ver fue a mi hijito mirando a través de la ventana.

—¡Después de la guerra! —dije, asombrado—. Entonces, fuiste una de las primeras en ser transferidas.

—Horrible. Los años fueron pasando y cada vez éramos menos científicos. En la primera década, todo

Este día estás más distraído que de costumbre, te reprendes al entrar a la oficina, un tanto confuso. Debiste haberte quedado dormido en el camión, ya que no recuerdas nada del trayecto. Entrás a tu cubículo cuestionándote si estos descuidos serán indicios de algo grave. Te reclinas en la silla y, al ver un brillo metálico en el techo, un pánico irracional te invade. Caes abruptamente, hiperventilas en el suelo hasta que aspiras algo de polvo y empiezas a toser; los espasmos de miedo aún recorren tu cuerpo mientras caminas encorvado a la sala *coffee-break* en busca de un té.

El reloj en la pared te advierte que aún faltan cuatro horas para tomarte de nuevo la pastilla. ¿Para qué servía? No importa. Estás más concentrado en decidir si deberías preocuparte o alegrarte de que nadie haya notado tu pequeña crisis. Ya ni siquiera recuerdas qué la detonó; haces un esfuerzo intenso por recordar el motivo, provocando que el ansia regrese y golpee tu cuerpo con una serie de escalofríos que te hacen apretar el frasco de pastillas dentro de tu bolsa.

Te percatas de que alguien está hablando. Tienes vagos recuerdos de haberte movido de lugar, aunque no propiamente de haber entrado en la sala de juntas. Te sientes débil y tu cuerpo te reclama por comida, razón por la cual devoras una galleta tras otra hasta que se acaban. Culpas de esto al estrés.

Repentinamente un fuerte mareo te invade y tu visión se torna borrosa, te aferras al borde de la mesa para evitar caer de nuevo y clavás tu vista en la pared que tienes en frente. Em-

piezas a temblar de miedo. ¡La pared es azul! Abandonas la sala con todo el disimulo del que eres capaz mientras las lágrimas y un frío intenso invaden tu cuerpo; intentas acelerar el paso para distraerte, pero te das cuenta de que tu cuerpo te responde lento, casi con retraso, y la sensación empeora. Hay un reloj en la pared que te está diciendo que es hora de tomar tu pastilla. De repente estás frente a un espejo en el baño, viendo cómo todo el espacio se distorsiona doblándose sobre sí mismo, mientras eres un testigo inmóvil que no puede respirar. Intentas clavar tus uñas en tu piel para que el dolor te obligue a reaccionar, pero nada sucede. Ningún músculo te responde; intentas gritar para llamar la atención pero no hay aire en tus pulmones. ¿Será esta la asfixia que te mate o te ahogará en tu propia saliva?

De repente estás tendido en el suelo, en la tierra. La crisis ha pasado pero la sensación de ansiedad aún perdura. Con lágrimas en los ojos y sintiéndote débil, como si no hubieras comido en días, sacas el frasco de tu bolsa. Cuentas repetidas veces las pastillas, repitiendo frenéticamente como oración el número veintidós. Si bien no recuerdas para qué son las pastillas y ni siquiera tienes memoria de haberte tomado la número veintitrés, estás convencido de que es aquel medicamento lo que te mantiene cuerdo.

Te pones de pie tambaleante; ni siquiera te tomas la molestia de sacudirte la tierra de la ropa. Ahora piensas que la comida calmará tu ansiedad; recorres aquel sendero sintiendo un dolor punzante en el vientre. Apenas divisas un puesto

ALEXANDRA

HUGO RAMOS GAMBIER

de comida, corres desesperado hasta alcanzarlo y, sin importarte si la comida está caliente o fría, te la llevas a la boca con una ansiedad suicida.

Crees ver unos lentes oscuros y el terror ataca nuevamente; es el suficiente para hacerte vomitar la comida, pero nada sucede. Sientes el estómago vacío y el dolor en el vientre aumenta hasta dejarte tirado en el suelo. Te retuerces mientras un frío intenso invade todo tu cuerpo. Abres los ojos y ves un destello metálico. Abres los ojos y aquel azul está rasgándote. Abres los ojos y una mirada negra te acecha.

Estás tendido sobre alguna superficie plana y fría. Una cúpula metálica se extiende sobre tu campo de visión; casi parece líquida. Te cuesta asimilar su existencia. Te sientes débil; no has comido en días y tienes la vaga sensación de que aquello ya ha ocurrido antes. Intentas moverte pero tu cuerpo no te responde; pese a esto no lo sientes particularmente pesado, sino todo lo contrario.

Giras la cabeza y ves instrumentos o máquinas que no comprendes. Te sientes perdido, adormecido, pero extrañamente consciente. Tanto es así que el pánico vuelve cuando te percatas de la silueta que acaba de entrar en tu campo de visión. Parpadeas para aclarar la vista y cada vez que cierras los ojos ves tu habitación

como si estuvieras recostado en tu cama. Evitas hacerlo; debes escapar.

Aquel ser de piel azulada se acerca con movimientos rápidos y secos que te recuerdan a los de un insecto; clava en ti sus dos ojos negros y asimétricos con un frío interés, una vana curiosidad, mientras en tu mente aparece la imagen de una pastilla. Haces un esfuerzo titánico por moverte que termina en una convulsión y aquel ser extraño se aleja un poco. Sabes que no lograste asustarlo porque se lleva algo de un color rojo intenso a la boca; observas aterrado cómo pequeños filamentos salen y empiezan a destrozar aquel trozo de carne...

Presas del pánico te muerdes la lengua; usas aquel impulso de adrenalina para conseguir moverte, pero todo lo que logras es alzar tu brazo, que cae sobre tu vientre. Temblando, palpas la herida y lo último que ves antes de perder el conocimiento es un incomprendible apéndice azulado que extrae algo de ti...

Despiertas nuevamente en tu cama, con aquella extraña sensación de incomodidad. Sin saber por qué, te llevas una mano al vientre y te sorprende lo ajeno que sientes tu cuerpo.

Había algo que te preocupaba. ¿Qué era?

“Hambre”, susurras...

© YAEL AKIM RONZÓN MORELL, 2015.

YAEL AKIM RONZÓN MORELL
(México —Veracruz, 1991—)

Pasante de la licenciatura en Letras hispánicas de la Universidad de Guadalajara, Jalisco, donde reside actualmente, entre sus autores favoritos se destacan PHILIP K. DICK, JULIO VERNE, NIKOS KAZANTZAKIS, PATRICK ROTHFUSS y BRANDON SANDERSON.

El señalero me dio vía libre para entrar a la estación Villa Lynch. Y ahí, en un abrir y cerrar de ojos, alcancé a divisar un bulto sobre la vía. Había aparecido de la nada: una figura borrosa en medio de la neblina.

Era una congelada mañana de agosto —el 21 de agosto, para ser más exacto: era el cumpleaños de mi vieja—, pero el golpe seco del tren al golpear contra aquello me hubiera helado la sangre aunque fuera verano.

El crujir de los huesos bajo el tren fue estremecedor; más impresionante que verme el brazo quebrado aquel día, cuando aprendía a andar en bicicleta.

Desesperado, apliqué el freno de emergencia. Las ruedas del tren se bloquearon y la formación patinó unos cincuenta metros hasta detenerse.

Me quedé unos segundos con la cabeza baja y las manos sobre los controles de mando, puteando.

Llamé por radio al puesto de control y pedí que cortaran la tensión eléctrica, que enviaran a los bomberos y a la policía.

—¡Un arrollamiento, control! —dije—. ¡Urgente!

Bajé por la puerta lateral de la cabina y coloqué la barra de cortocircuito sobre las vías. Por las dudas.

Algunos curiosos se acercaron al alambrado perimetral para observar el espectáculo de siempre; el morbo es parte del ADN humano.

Escuché un gemido detrás de mí. Algo se arrastraba por debajo del tren.

Me agaché y entonces... la vi. Hermosa. Una hermosa mujer.

Me miró con sus enormes ojos celestes, mientras salía de entre las vías y las ruedas.

—¿Estás bien? —dije.

—Ahora sí —contestó, tranquila, como si nada.